
Axxón 105
CIENCIA FICCION EN BITS

Axxón 105, Agosto de 2000

Acerca de esta versión

Novedades 105

Aníbal de la Fuente

Una de las novedades más remarcables de este período es que la idea que tanto entusiasmo despertó de la Colección Colihue de autores hispanoamericanos de CF, Fantasía y Terror ha sido “discontinuada” por los directivos de la editorial, por considerar que, dado el momento económico, no hay un mercado muy fértil para este tipo de aventuras. Para colmo, la editorial inició el año pasado una colección de Policiales y no vendió lo que esperaba de sus primeros títulos, por lo cual también la discontinuó. La parte de esperanza queda en que estos directivos prometieron incluir el material presentado por Eduardo J. Carletti (sólo por él, ya que Bruno Henríquez, el otro director que inició la idea, se apartó casi de inmediato de la actividad) en colecciones de Literatura general de Ediciones Colihue.

Eduardo piensa escribir un artículo relatando las vicisitudes editoriales que le tocó vivir y posiblemente una carta a cada uno de los muchísimos autores que se presentaron a la convocatoria.

Editorial - Axxón 105

Hace un par de semanas me llegó un relato corto de un adolescente. El relato no está para publicar pero me puse a pensar -siempre bajo la perspectiva de que Axxón sirva de estímulo para autores no publicados- que hacer una selección de relatos de jóvenes de menos de 18 años podría ser interesante. No estoy seguro de que existan tantos lectores de Axxón de menos de 18 años (y además con deseos de escribir) pero estoy seguro de que leerlos podría darnos una visión de lo que piensan los jóvenes (cosa difícil si las hay). Es costumbre de todos los lectores de ciencia ficción reflexionar sobre lo que el futuro nos depara. Inmediatamente surge la pregunta: ¿cómo será la gente que viva dentro de unos veinte años? Para responder esta pregunta es necesario saber de los jóvenes de ahora. Si logramos juntar un grupo interesante de relatos los publicaremos todos juntos. Así pues, también a los relatos de menores de 18 años tienen un lugar en Axxón que los está esperando. Envíen sus relatos.

A través de las cartas de los lectores me doy cuenta de que nuestra sección de correo tiene seguidores casi compulsivos. Elegir las cartas, que como saben no son pocas, lleva su tiempo; tiempo que preferimos dedicar a mejorar el material de la revista. De todos modos (no desesperen) trataremos de tener la sección de correo por lo menos en una de cada dos Axxones.

Cambiando un poco de tema. Tuve la oportunidad de viajar a Paraguay durante la semana pasada. No puedo dejar de comentar algunas de las impresiones que recibí en ese país. Como era de esperar todas las necesidades básicas son más baratas, aunque los sueldos son claramente menores, mi impresión es que vivir en Paraguay es más fácil salvo por un pequeño detalle: la cultura. Para mí es claro que el acceso a la cultura es una necesidad básica y un derecho de cualquier persona. Los libros, los conciertos son increíblemente caros, más que en Buenos Aires. No conozco los costos para acceder a la cultura de otros países de Sudamérica pero intuyo que padecerán del mismo problema. Inmediatamente no puedo dejar de preguntarme a quién le conviene y la respuesta me surge espontáneamente: a un grupo pequeño que desea que la gente sea fácilmente manipulable. Se me hizo evidente que lo mismo sucede en la Argentina con otros matices tal vez un poco más sutiles. Pensando nuevamente en el futuro, Internet parece ser una vía de escape, una respuesta que se hace escuchar cada vez más fuerte.

¡Disfruten de la revista!

Aníbal Gómez de la Fuente

Las cinco direcciones de su brújula

Alejandro Alonso

Este relato forma parte de un interesante grupo de cuentos de Alonso ambientados en el universo Oniris, de su invención, que ya trasciende la pluma de su creador, pues hay otros autores del taller de Axxón y de España que están trabajando en relatos basados en las reglas de ese mundo.

Este cuento fue finalista en el Premio Domingo Santos del año 1999.

> *“Cerró la función el rebelde José Gabriel, a quien se le sacó a media plaza. Allí le cortó la lengua el verdugo, y despojado de los grillos y esposas, lo pusieron en el suelo, atáronle a las manos y pies cuatro lazos, y asidos estos a las cinchas de cuatro caballos tiraban cuatro mestizos a cuatro distintas partes. Espectáculo que jamás se había visto en esta ciudad…”*
>
> Extractado del documento oficial que relata la muerte de Túpac Amaru II en Cuzco, en 1781.

—Claudia: quiero que organice el contenido de esta reunión, y lo guarde en Tlön/03/Sudamed. De paso llame a Conver-Delivery para que nos envíen una copia en soporte óptico del material que almacenamos en nuestro último encuentro. Use el formato que sea más adecuado, ¿entendido?

—Sí, señor.

Claudia López subvocalizó cada una de las órdenes que el gerente de Producción le había dado, y todo quedó registrado en su propio padisueño, en algún lugar del Barrio Sudamed. Parte de ese encargo ya se estaba haciendo en forma automática, sin su intervención. Ella lo resumía en tres palabras: “nodos, computadoras y robots”. Claro está, siempre quedaba otra docena de tareas más o menos importantes que tenía que hacer personalmente.

—Otra cosa, Claudia —el gerente hizo el ademán de llevarla aparte, y ella lo siguió al interior del bosque—. Respecto a sus llegadas tarde, espero que no se vuelvan a repetir. Si tiene problemas, hablemos: todo tiene solución. Pero el tiempo de Producción es crítico, ¿me comprende?

—Claro, señor. Tendré más cuidado en…

—Ya sé, ya sé. Lo digo para que no se vuelva a repetir.

La reunión había terminado y los siete asistentes se estaban levantando de los troncos que habían dispuesto para la misma: noche abierta, piso de tierra, una fogata bastante silenciosa pero de importantes proporciones, eucaliptos por doquier y una brisa tibia que alternaba Norte-Noreste. Ni bien los ejecutivos se pusieron de pie, el ambiente cambió para tomar la forma del salón de reuniones, en el piso trece del edificio corporativo.

Uno de los ingenieros y otra de las secretarias descubrieron, para embarazo de ambos, que habían ocupado la misma silla al mismo tiempo, y se separaron con sonrisas culpables. A veces pasaba.

—Bien, señores. Creo que tengo que despedirme —dijo el gerente—. Nos vemos el martes en la oficina. Bourbon, ¡sueño fuera!

—Indigo, ¡sueño fuera!

—Mikey, ¡sueño fuera!

En ese momento Bertrand, de Insumos, se transformó en una estatua de ceniza, que después se desmoronó sobre sí misma, sin dejar rastro. Con la última partícula de ceniza, también la oficina se trasparentó y pasó a transformarse en una especie de pasillo oscuro, apenas iluminado.

—Blue, ¡sueño fuera!

—Ford, ¡sueño fuera!

Una vez que el ingeniero se hundió en el piso de cemento, el pasillo recuperó un poco de color: parece que no estaba en uno de sus mejores días.

—Picard, ¡sueño fuera!

Todo el ambiente se contrajo sobre sí, dejando al desnudo el living del departamento de Claudia. Quedaba claro que ella podía llevar su paisaje interno a donde quisiera, pero que con tanta gente dando vuelta era difícil imponerlo.

Se miró en el espejo del living: delgada, rubia, cabello cortado carré —que en la vida real llevaba mucho más largo—, piernas bien formadas y un traje entallado…

Aprovechó la soledad para cambiar el modelito de oficina por algo más casual. Necesitaba, al igual que en su vida en el mundo físico, algún signo externo que cortara con la rutina laboral y con la carga de culpa asociada. Odiaba que su jefe la reprendiese. Una

angustia inexplicable comenzaba a treparle por la boca del estómago, dejando a su paso una sensación de vacío. Como si en ese acto se pusiera en evidencia la ausencia de algo o de alguien que ya no estaba allí y que ella hubiera querido que estuviese.

Cambiar de ropa…

Ciertamente no le bastaba la magia onírica de pasar la mano por sobre la tela para alterar su apariencia. Necesitaba del rutinario ejercicio de abrir uno de los cajones, de sacar la ropa a la luz, de desnudarse y de vestirse después con ese vestido —el vestido azul—, botones y cierres incluidos. Practicaba cada detalle con precisión y lo hacía frente al espejo, como una forma de alimentar su “idea del Yo” en el puente onírico. En este caso, un Yo vestido de azul.

—Negri, tiempo mundo físico.

—Dieciséis treinta y dos —respondió el pad con voz infantil.

—Negri, enviá un mensaje vía celular a Tlön/15/ Diagonal:MailATT para despachar al punto… insertar coordenadas de “Encuentro con mamá 16.15”. Texto: “Mamá, estoy retrasada así que no podré verte hoy. Te llamo cuando despierte. Besos, Claudia”.

El pad tardó un par de minutos en procesar la orden y en hacer el llamado.

—Negri, calculá coordenadas relativas para “Encuentro con Fernando 17.00”, a partir del punto… insertar coordenadas de “Reunión de Producción 14.30”.

—Calculadas.

—Negri, instrucciones.

—Noventa pasos al Sur.

—Negri, dame el Norte.

El techo del living y las paredes desaparecieron por completo, para dar espacio al campo y a la noche estrellada. En algún lugar a su izquierda, apareció una constelación que no se correspondía con ninguna de las que se podían ver en el cielo real: ése era su Norte. Cinco estrellas, como cinco gotas de rocío sobre una rosa infinitamente negra y aterciopelada. Claudia giró hasta ver la Cruz del Sur y se puso en camino.

Ni bien comenzó a contar los pasos, supo que esta travesía se le iba a hacer más difícil que de costumbre. Hacía dieciséis horas que estaba en sueño activo, viajando de un puente onírico a otro. Las consecuencias se reflejaban en su bajo poder de concentración: había un dolor casi físico en cada un de sus movimientos y, aunque le costara admitirlo, proyectaba cada paso como si fuera una

principiante. La ilusión de estar avanzando —completamente natural dentro de puente onírico—, comenzaba a darse de patadas con la parálisis real que todo ser humano sufre durante el sueño. No eran buenos síntomas, en absoluto.

En los últimos tres días, su rutina había fluctuado entre ese sueño artificial que inducían los sincroneurales, y la vigilia. Ciertamente no iba a deshidratarse ni a morirse de inanición —los complementos que había tomado podían compensar la falta de alimentación e hidratación—, pero seguramente iba a necesitar muchas horas de sueño natural para que su psiquis descansara.

El riesgo era claro: si su cerebro no compensaba con algo de auténtico sueño reparador, sólo podía esperar un desequilibrio progresivo o algo peor. En la escuela lo llamaban "adicción al sueño activo". Ella lo llamaba: "vida social activa". Una cuestión de semántica.

Los síntomas eran igualmente evidentes: "cuando la imagen consumida que refleja el espejo de tu baño, deja de parecerse a tu ideal dentro del sueño, es porque llegó la hora de ver a un psicoanalista competente en problemas oníricos".

—Negri, dame el Norte.

Buscó las referencias y supo que se había desviado del rumbo original. Trató de recordar en qué número había perdido de vista a la constelación estelar, pero no fue capaz. En su estado, habría sido toda una proeza.

Asumió entonces que todo había sucedido en los últimos treinta pasos.

—Negri, cálculo de error: "Si avancé sesenta pasos en dirección Sur y treinta en dirección Sureste". Recalcular. Instrucciones.

—Veinte pasos al Oeste.

Dentro del sueño, existía un segundo síntoma típico de la adicción, pero rara vez advertido: con frecuencia, el paisaje se terminaba trasformando en una especie de desierto —al menos esto era lo que manifestaba el 90% de los occidentales con vida urbana —. Un mar de arena parejo e inconmensurable, que eliminaba cualquier punto de referencia; un cielo espeso, probablemente encapotado de nubes grises; y una persistente sensación de sed y de que los pies se hunden en el suelo sin alcanzar lugar alguno.

—Allá vamos —dijo Claudia, pero apenas había dado tres pasos cuando una de las alarmas del padisueño la escupió hacia la vigilia: —Negri y la puta que te parió…

Después se quedó dormida.

—Trastornos en la digestión y en la micción, pérdida temporal del tono muscular, espasmos, desorientación frecuente, lagunas mentales, bajo rendimiento laboral, un episodio de dislalia y un desmayo. ¿Me salté algo…? —el psicólogo (un hombre de carne y hueso en el mundo físico: alto, de tez pálida, con una barba rubia y abundante, y un par de ojos verdes desprovistos de todo candor) se adelantó un poco en el sillón para que ella pudiera escucharlo— Para mí la situación es clara. O le dedica más horas al sueño natural o muy pronto el daño va a ser mayor. Así y todo, hasta que estemos seguros, la voy a tener que poner un par de días bajo observación clínica.

Claudia lo miró con espanto. Sabía exactamente lo que significaba aquel eufemismo: aislamiento, monitoreo permanente, cero vida social, problemas en el trabajo… Ninguno de los otros tres terapeutas había sido tan directo.

—No lo entiendo. ¿Porqué no me dice también que me arranque los sincros y me vaya a Buenos Aires a comer de los basurales? —Pensó mejor las palabras, sabía exactamente qué era lo que quería decir—. ¿Así que quiere aislarme? ¡Por Dios! ¿Con quién me está confundiendo?

El profesional la miró directo a los ojos, pero ella estaba dando rienda suelta a su indignación y estaba determinada a decirlo todo. El psicólogo esperó, todavía le quedaba media hora de sesión con esta paciente.

—Mis padres me operaron cuando tenía tres años para que yo tuviese vida social, así como la tenían ellos. Ser una mujer de bien. Y ahora usted me dice que tengo que dejar de serlo…

—Lo que está en juego es su vida, no la mía —interrumpió el terapeuta—. Mi obligación llega al punto de advertirle sobre el peligro. El resto depende de usted.

—Pero es inaudito.

—Se equivoca, es más común de lo que cree: el sesenta por ciento de las personas tiene períodos de adicción al sueño activo. Y todo se compensa.

—¡Y me responde con estadísticas! —ella se levantó y lo encaró con el índice en alto— Yo le voy a dar estadísticas: el cien por ciento de las secretarias que ocuparon mi puesto en el pasado, están buscando trabajo en algún lugar de Buenos Aires o de Rosario. ¿Tiene idea de lo que eso significa? —Claudia respiró profundamente: una, dos veces, como tratando de mantener a raya

las lágrimas de su impotencia. Después siguió: —Y les pasó porque se volvieron ociosas e incompetentes. ¿No lo entiende? Todo, absolutamente todo pasa por el puente onírico, y yo no puedo estar en otro lado.

—Tranquilícese. No se ponga mal, que no vino a mí para enfermarse más. Lo que yo le estoy diciendo no es una posibilidad, sino una verdad manifiesta: un diagnóstico sincero. Yo no gano ni pierdo nada con mentirle —el psicólogo la instó con un movimiento de manos a que se sentara y ella se acomodó en la silla una vez más —. Piénselo un poco. ¿No será que usted misma se está volviendo incompetente por esta falta de sueño natural?

—No me puede poner bajo observación. ¿Sabe lo que va a pasar si ellos se enteran? Ese es el primer paso…

—No exagere. Lo que usted tiene que hacer es aceptar su adicción con humildad. Ese es el primer paso. Se sale, créame. Yo mismo rehabilité treinta o cuarenta pacientes. Además, todavía estamos a tiempo. Acéptelo. Pídase una licencia de tres días. Tiene derecho a una licencia médica. Quiero que vaya a la clínica y se interne… aquí tiene la orden. No es observación o, en todo caso, no es una observación que yo tenga que reportar.

—No hace falta que informe nada, ellos van a sospechar.

Claudia durmió cuatro horas, tan sólo por darle el gusto a su terapeuta. Sabía que no eran suficientes pero, como se decía a sí misma, era mejor que nada. La cuestión era ganar tiempo para estabilizar su situación en la empresa. Después iba a pedir una licencia para visitar a su madre y se internaría en alguna clínica del Norte.

Con todo, la sensación de agobio y de culpa era cada vez más apremiante. Se sentía perseguida. Como si Dios mismo trabajara para la Sudamed y se hubiese transformado en su jefe de Personal.

Llegó justo a tiempo al ómnibus que la llevaría a las oficinas de la compañía, en la parte alta de la ciudad. Una hora de viaje, que la mayoría de los pasajeros aprovechaba para descansar. Ella lo intentó, pero no pudo. Tampoco intentó un puente onírico: es muy difícil establecer conexión con alguien cuya posición relativa se mueve permanentemente.

Al final, terminó dedicándole una buena parte de ese tiempo a revisar su paditexto. Adelantó un poco del trabajo e hizo un par de llamadas desde su teléfono celular.

—¿Alguna novedad de Conver-Delivery? —preguntó su jefe un par de horas después, mientras dejaba su saco en el perchero de

la oficina.

Claudia estaba revisando su padisueño, para lo cual había removido una de las tapas posteriores. La llegada de su jefe la había tomado por sorpresa, así que se apresuró a contestar.

—Para esta tarde, señor Basaldúa. Además tiene seis mensajes. Y en su escritorio está el borrador de producción que se discutió anteayer en el puente onírico.

—¿Algún problema con el pad?

—Estaba tratando de resetear las alarmas, ya sabe. A veces se ponen muy molestas.

—La entiendo, yo…

El gerente se detuvo en el vano de la puerta que separaba ambas oficinas. En ese momento pareció recordar algo. Retrocedió un par de pasos y se volvió una vez más hacia ella, con una expresión curiosa en el rostro: —Claudia, ¿sería tan amable de concederme unos minutos cuando termine? Quisiera hablar con usted.

La mujer se levantó como por reflejo y, antes de que pudiera darse cuenta, estaba sentada en uno de los sillones de la oficina contigua, en frente de su jefe. Basaldúa estaba sacando de su portafolio una copiapapel encarpetada.

—Mire esto; ¿le parece familiar? —el gerente le extendió la carpeta.

—“Material clasificad…” no, la verdad que no.

—Estaba sobre su escritorio —dijo Basaldúa—. Con orden de ser despachado hacia uno de nuestros proveedores de insumos: la Samuelson Inc. Esto es material clasificado y usted sabe bien lo que eso significa. No puede abandonar los límites de esta empresa y mucho menos ir a parar a uno de nuestros asociados. —El gerente hizo una pausa: estaba midiendo las reacciones de Claudia—. Después encontré esto otro en el archivo de material clasificado: es una orden de compra con especificaciones varias para la Samuelson. El ingeniero me dijo que estas órdenes en papel son el procedimiento usual después de lo del apagón. Pero coincide con la orden electrónica, también lo verifiqué.

—No puede ser —Claudia confrontó las dos carpetas—. Bueno, sí, no hay otra explicación. En la última reunión física, tuve ambos documentos a mano. Me confundí…

—Pero me dijo que no le era familiar.

—Eso es porque nunca llegué a leer los contenidos. El viernes

tuve en mis manos una o dos copiaspapel clasificadas, que encarpeté y guardé según las referencias que me dio el ingeniero. Y también manejé lo de la Samuelson. Debo haberme equivocado y puse uno en lugar del otro.

—Eso supuse —Su jefe se levantó del asiento y le dio la espalda.

Silencio.

Claudia observó la escena y se dejó llevar por recuerdos igualmente amargos. El silencio, la espalda imponente de su jefe, el minuto que precede a la sentencia.. Y entonces puedo verse así misma llorando, y lloró a cuenta de lo que iba a venir.

—Es grave, Claudia —dijo Basaldúa—. Si no la conociera mejor, pensaría que está tratando de sacar material para la competencia. Nuestra casa matriz es tremendamente cuidadosa en ese sentido. Usted misma firmó un contrato…

—Ya sé, ya sé… —admitió ella, entre moco y lágrima— Le juro que no va a suceder otra vez.

—Es la cuarta falta que noto. No imagino qué otros errores puede haber cometido en estos últimos días, y la verdad es que preferiría no tener que pensarlo siquiera.

Basaldúa tomó un poco de distancia y desvió la mirada hacia la ventana: el llanto de una secretaria es el terror de los jefes, no hay lógica ni razonamiento que le sobrevivan.

—Muy a mi pesar —dijo—, el ingeniero propuso una investigación administrativa. Yo estoy tratando de convencerlo de que es un problema de salud, pero usted sabe que cualquiera de estos caminos la perjudican. ¿Está viendo a un profesional?

—Sí —contestó Claudia, mientras se limpiaba la nariz.

—¿Y qué le recomendó?

Claudia balbuceó un par de ideas vagas, para terminar diciendo: —Es muy pronto, apenas estamos empezando con la terapia.

—Entiendo. Por favor téngame al tanto. Le juro que no sé por cuanto tiempo voy a poder respaldarla. Yo sé que usted es competente, sé que no espía para la competencia, sé que es un problemita temporal. Pero todo queda asentado. Ayúdeme a ayudarla.

—Creí que me iba a morir. Basaldúa estaba ahí, adelante mío, mostrándome las dos carpetas —Claudia prendió un cigarrillo: en el sueño tenía el mismo efecto tranquilizador que en el mundo

físico—. Material clasificado, decía la carpeta…

—Hija, no hace falta que te aceleres por eso. Basaldúa es un buen hombre. Si vos le explicaras, a lo mejor te puede arreglar cinco o diez días de licencia.

—Mamá, ¿en qué estás pensando? ¿Dónde estabas mientras yo te contaba todo esto? No puede hacer nada. No hay salida.

—¡Por Dios hija! ¿Te imaginás qué hubiera pasado si tu padre me hubiera echado de casa por cada vez que metí la pata?

Papá…

Claudia sintió un frío en todo el cuerpo que la hizo estremecer. Ciertamente no era una sensación física. Era como si esa ausencia la pusiera a prueba todo el tiempo. Y ella fallase una y otra vez.

—Lo extraño, ¿sabés? —dijo Claudia, y el sólo hecho de hablar de él sirvió para mitigar ese vacío.

—¿A tu padre? Sí, yo también. Durante las ceremonias oníricas, rezo mucho por su alma. A veces creo que hasta siento su presencia.

—¿Y cómo es?

—No sé, hija. No es que pueda verlo, pero presiento que algo cambia sutilmente o algo falta, y esa sensación me invita a recordarlo —la madre de Claudia cambió de expresión—. Pero no sirve de mucho pensarlo así. Después de todo, fue él quien se alejó de nosotras. Así como así, un día se fue buscando un lugar en donde la gente fuera normal. Y se contagió de tanto convivir con los cirujas, y se murió antes de llegar. Pero fue su decisión.

—En el Norte…

—Hija, ¿estás bien?

Las dos mujeres estaban reunidas en el departamento de Claudia, o al menos esa había sido la primera intención. Claudia estaba sentada en un sillón de mimbre, pero algo en su porte desencajaba. Estaba como congelada en esa postura y la sugestión que ambas debían sostener dentro del puente onírico se estaba desmoronando.

—Sí estoy bien —contestó una voz, aunque los labios oníricos de Claudia no mostraban movimiento alguno.

—Es tu imagen, Clodi…, hija. Tratá de concentrarte un poquito.

—Mamá vos no entendés…

El fantasma de Claudia se desvaneció y su figura —ahora vestida con un camisón amarillo—, surgió desde una de las puertas, a la izquierda de la madre.

—Mamá. Creo que es hora de que te vayas. Tengo que dormir.

—Mamá. Creo que es hora… —repitió una voz incorpórea que venía del sillón.

—¿Quién dijo eso?

—Sí, claro hija. Te veo en cuanto despiertes.

—¿Quién dijo eso?

—Que duermas bien…

—¿Mamá…?

—Pandy, ¡sueño fuera!

—¿Mamá…?

—Negri, ¡sueño fuera!

Claudia emergió violentamente de aquella pesadilla, sólo para comprobar que no estaba conectada al padisueño. Ni siquiera había adoptado la posición de sentado que era necesaria para establecer el puente onírico. Era una pesadilla auténtica, como hacía meses que no tenía. Una buena noticia, sí, pero algo no parecía natural en todo aquello.

En el sueño, ella era testigo y protagonista a la vez. Sentada en el sillón hablaba con su madre y, al mismo tiempo, evaluaba la conversación desde la puerta de la cocina, que no era cocina —como en su departamento del mundo físico—, sino ascensor. Lo extraño fue esa doble subjetividad. Como si su capacidad de ser, su conciencia, pudiera dividirse en muchos pedazos.

En aquel instante supo que había tenido una experiencia mística trascendente. Y que esa experiencia estaba relacionada con su padre. Trató de comunicarse con su madre, vía teléfono celular, pero no estaba: el mismo mensaje insípido, la misma hora, las mismas coordenadas, las mismas constantes de sincro para un eventual encuentro en el puente onírico.

Entonces, como en un rapto de inspiración, recordó el llamado de Fernando. Quedaron en encontrarse en la puerta de la Iglesia, en carne y hueso, al mediodía.

Fernando era sacerdote… pero también era su amigo, y ahora estaba de vuelta, después de cinco años de misionar en las sierras. Si habían sido amantes antes de la ordenación, ese detalle realmente

no contaba para nada ahora que volvían a verse después de tanto tiempo.

En cierta forma, la vida los había cambiado. Ella había pasado por distintas etapas espirituales y anímicas desde la muerte de su padre. El, en cambio, se había quedado como en estado de éxtasis desde el día de su ordenación: más o menos para la misma época. Acaso este estancamiento, esta falta de consecuencia con su desarrollo espiritual y humano, era el aspecto más notable en Fernando.

Después de aquello, Claudia había adoptado la fe de los cientistas evangélicos, como su madre. El sacerdote, en cambio, se las arreglaba con una de las decenas de versiones del Nuevo Catolicismo que proliferaban en el tercer mundo. "Veinte caminos para ver el culo de Dios", decía la madre de Claudia, de modo despectivo.

—La verdad es que nunca estuve de acuerdo con esos tipos que lee tu vieja —admitió Fernando, mientras se acomodaba en un banco de la Iglesia—. Difícilmente sea el alma eso que vemos en el puente onírico. Pero ya lo habíamos…

—Ya lo discutimos antes. Precisamente: ellos no dicen que sea el alma, sino que es un estado más cercano al alma. Una especie de paso trascendente.

—Ya veo. ¿Y a dónde te lleva ese paso trascendente? ¿Te lo preguntaste alguna vez?

—Eso también lo discutimos. Gracias a esa experiencia, podemos ver cosas que otros no pueden ver. Una apertura de la conciencia.

—Puro bla bla. Perdoname que te lo diga en este tono, pero es así. Lo único que surge de todo esto es que si vos pensás que hay algo en este mundo que te hace distinta y superior a tus hermanos, entonces tenés la excusa perfecta para discriminarlos. De allí al exterminio, hay un paso. ¡Eso no te hace mejor persona!

—¿Exterminarlos? —Claudia hizo un mohín de desprecio— ¿Para qué? Se están matando solos.

Fernando se levantó del banco y le dio la espalda.

Claudia lo siguió con la mirada, esperando que, como punto final a la discusión, él dijera las palabras. "Dixit: ¡sueño fuera!" Pero pronto reaccionó. Estaban en el mundo físico, y allí las discusiones siempre tenían que terminar. Para bien o para mal.

El sacerdote se repuso lentamente de la ofuscación y volvió a sentarse delante de ella. El minuto de silencio lo había ayudado a

enfocarse en algunos de los detalles que Claudia quería ocultar deliberadamente.

—Vamos a tranquilizarnos, Clodi. Mirá: en todo este tiempo que llevamos hablando hubo algo que me está molestando…

—¿Qué cosa?

—Es que todo me suena a reivindicación. Como si necesitaras justificar algo. ¿De qué te estas resguardando?

Como en el pasado, la palabra de Fernando volvía a ser un instrumento muy filoso. Claudia quiso prender un cigarrillo, pero él la detuvo: estaban en la Casa de Dios.

—No me resguardo —dijo ella, mientras guardaba el paquete y el encendedor—. Trato de entender. Los otros días un profesional me dijo que tengo adicción al sueño activo. Me van a poder bajo observación.

—Ya veo.

—Y como vos bien sabés, mi fe y mi vida entera pasan por ese lugar. No puedo concebir otro sitio donde yo quisiera estar que ése, dentro del puente onírico. Y eso es así porque Dios, de alguna forma, está allí. Yo misma vi y creí.

—El problema no está en tu alma, sino en tu cuerpo —Fernando se acercó un poco y puso un dedo en la cabeza de Claudia—. El cerebro necesita darle respiro a tus neuronas. No es un problema religioso, ni filosófico, sino físico.

Claudia se impacientó.

—Lo físico no es importante. Lo físico no trasciende. En el sueño, la experiencia es netamente espiritual, es más pura y nos hace mejores. ¡En nombre de Dios! ¿Cómo es que no lo podés ver?

—No estoy ciego, si a eso te referís. Y, quieras o no, para estar viva necesitás de tu cuerpo y de tu cerebro. El cuerpo tiene un propósito.

—Yo te estoy hablando de un Nuevo Bautismo, un bautismo espiritual para barrer con el pecado original definitivamente. A eso vamos…

Fernando se levantó por segunda da vez, como si quisiera tomar impulso para escupir las palabras. Comenzó a transitar el

espacio que había entre los bancos y el altar, de ida y de vuelta. Recién a la mitad de la tercera vez, se animó a seguir hablando..

—En todos mis viajes por este país, pude ver lo difícil que es la vida fuera de los barrio cerrados. Pude ver el pecado que hay más allá de las muralas. Pero la culpa está en el hombre. En gente como vos y como yo, que se porta con tanto egoísmo…

—No, de ninguna forma —contestó ella—. Me niego a compartir la culpa con ellos. La culpa no está en "el hombre". Está en ellos. ¿No será que se fueron transformando en algo maligno?

—¿No será que vos tenés miedo de parecerte a ellos, una vez que te saquen del puente onírico? Con cada palabra que decís, buscás poner distancia entre vos y ellos. Pero esa distancia no existe. Son seres humanos.

Claudia López apretó los dientes y clavó sus ojos claros en el cura.

— Y es una pena que pensés de ese modo —siguió él—, porque va en contra de tus propios intereses. Estas enferma, lo sabés bien. Pero en lugar de pedir ayuda con humildad, te justificás, te dedicás a plantar las semillas de tu propio calvario. No te hagás eso, por favor.

Fernando le dio un beso en la boca y la dejó con una media palabra de reproche entre los labios.

—No digas más, Clodi. Lo único que faltaría es que le eches la culpa a Dios.

Un bosque.

La figura solitaria de un hombre dirigiéndose al Norte. Su padre ya no le escribe. Su padre le dejó un montón de responsabilidades, y ella le falló.

"Negri, dame el Norte". Noventa pasos al Sur es en la oficina de correos.

Voces que repiten lo que ella dice, pero que no dicen lo que ella quiere decir. Las palabras ya no significan lo mismo.

"Mamá no podremos verte a las cinco, ni a las seis, ni a las siete. El señor Basáltico nos castigó después de hora".

Un aviso: "El mundo físico no es seguro".

Las bestias toman su lugar. Son como dioses que la limitan, que la perjudican. Necesitan de una víctima propiciatoria para calmar sus apetitos en el mundo físico.

Un dios mudo, que es silencio y vacío y angustia.

Una diosa sorda, que no entiende, que se pierde en la lejanía.

Un dios ciego, que se aferra al mundo físico y a su propio cuerpo, y que pretende lo mismo de ella.

Un dios insensible, con el poder de ejercer la justicia y la culpa.

Un dios impiadoso, que quiere hacerle bien quitándole lo único que ama.

No hay imágenes. Sólo sensaciones.

El pensamiento de Claudia se divide en cinco, como si fuera capaz de ser la víctima ideal para cada uno de sus victimarios. Y entonces es hijo, hija, empleada, amiga y paciente. Después de todo, cada uno querrá llevarse un pedazo el último día.

Acaso esta sensación de fracturar su esencia una y otra vez, es la que termina desgarrándola. Y las palabras no sirven, y todo el plano onírico pierde sentido.

—Negri, ¡sueño fuera!

Y el sueño se terminó.

Para cuando Claudia despertó, el padisueño mostraba un extenso log de errores de subvocalización. En Claudia, el sueño se había vuelto tan caótico como el delirio de un afiebrado. O aún más.

Llamó a su madre, pero nadie respondió al otro lado de la línea. Su madre nunca estaba. Vivía lejos, y tan sólo para el sueño. Un nombre, un horario, una constante en el sincroneural… Eso era todo lo que quedaba de su madre en el mundo físico. Se había ido, lo mismo que su padre.

Llamó a su psicólogo.

—López, Claudia. Sí, claro… Le mando el transporte, Claudia —dijo el profesional—. Se lo mando ahora, así la tenemos bajo….

Claudia cortó. Evaluó la idea de llamarlo a Fernando, pero algo el ella se mantenía firme y le decía que él estaba tan lejos como su madre. Aunque en otro sentido. Lo peor es que ella todavía lo amaba.

Sacó la tapa posterior de su padisueño, reseteó una vez más el aparato e inhibió todas las alarmas. Uno de los ingenieros de la Sudamed le había enseñado finalmente el truco.

—Negri, ¡sueño ahora!

Una habitación vacía.

Un escritorio que no es escritorio, sino cama.

Ropa desparramada, que no es ropa. Son carpetas. Carpetas llenas de responsabilidades.

Siete empleados hablando del último proyecto de la compañía. Dos de ellos se esfuman —¡Indigo fuera! ¡Blue fuera!— Otro la echa a patadas de la oficina.

Porque ella los traicionó, dice. Y ahora está fuera del círculo.

Carpetas de material confidencial en todas las bandejas: no puede abrir ninguno de los documentos, así que los guarda, uno tras otro, hasta que el cajón del mueble revienta ese estado de gravidez. La cama está deshecha.

Afuera la esperan los enfermeros, que no son enfermeros sino outsiders. La aferran por los costados, la tocan, la manosean como nunca nadie lo había hecho en el plano onírico. “Es por tu bien”, dicen, y es la voz del psicólogo multiplicada en cada uno de ellos. “¡Sáquenle el cerebro!”

Una persecusión. El camino tiene nombre, se llama culpa.

“Si me duermo un poco, ellos me querrán más. Pero es absurdo: si me duermo no existo. Me van a eliminar.”

El baño ya no es el baño. Es la oficina de su jefe.

Las alarmas molestan: hay que suprimirlas. “¡Sueño libre!”

“El castigo por decepcionar a Basáltico son dos semanas de observación. Si me muero sin decirles, me van a querer menos.”

—Negri, ¡sueño ahora!

Negri no contesta. No hay salida.

“Fernando, te quiero, pero sos un idiota. Tenés cerebro de mosca.”

“Mamá, volvé pronto.”

“Jefe, lo respeto, no volverá a suceder.”

“Doctor, ¡váyase al carajo!”

“Papá, abrime pronto. Que ya vienen a buscarme. Por favor.”

—Negri, ¡sueño ahora!

“¡Qué tonta! Si Negri no funciona… ¿Y quién necesita un padisueño? Es al revés: la respuesta es una negación.”

—Dios, ¡vida fuera!

Y en algún lugar del Barrio Sudamed, Claudia López cayó de un quinto piso.

—¿Qué busca?

—Probablemente el Norte, como todos los locos. A veces desgrabamos la subvocalización y entre sueños dice que su papá está al Norte. Y dice que noventa pasos al Sur es el correo. Lo comprobamos: la puerta de su casa está a noventa metros de un Conver-Delivery.

—Fue una concusión muy fea en la cabeza. Hubo rotura de la duramadre, pérdida de masa encefálica. Pero va a vivir, eso es seguro.

—Estaba loca. Digo: ya estaba un poco loca de antes, pero ahora más: con los remedios y el agregado de todos esos circuitos neuronales nuevos… Para mí, que no tiene remedio. Por algo se tiró.

—¿Su madre?

—La están buscando. Es cientista, y vos sabés como son: desaparecen durante semanas…

—Sí, ya sé. Ya sé. ¿Y el de esta mañana? ¿Quién era?

—¿El cura…? Creo que un amigo. Le dio la bendición curricular y se quedó mirándola por un rato largo. Después dijo algo sobre echarle la culpa a Dios, pero no sé.

—¿Hablaron sobre la donación…?

—No preguntó. Los papeles están ahí. Habrá que ver qué dicen en la compañía.

—¡Pobre piba! No era tan fea…

Trabajo nocturno

Mónica Torres

Mónica Torres ha publicado anteriormente en Axxón, una de ellas firmando con su nombre. Es ingeniera electrónica y trabaja desarrollando software. Este relato fue trabajado en el taller de Axxón aunque desde su primera lectura estaba muy cerca del resultado que hoy presentamos.

Hoy me encontré con el Pájaro Ricci. Después de… no sé, treinta y cinco años, cuarenta, no estoy seguro. No lo había vuelto a ver desde aquella noche, en Floresta. La noche en que el Rubio, el malparido aquél que trabajaba para Míguez, me vino a buscar. No venía por orden de Míguez. Me hubiese tenido que ir del barrio. Míguez bancaba toda la quiniela de la zona, en esos días, y el Rubio no era su único peón. No, fue por su cuenta y por un asunto de polleras, que el Rubio me vino a buscar, con un cuchillo. Y fue por puta casualidad que el Pájaro, que había desaparecido hacía más de un año, volvió esa noche. La noche del incendio se había ido sin despedirse de nadie, y justo la noche del lío con el Rubio había vuelto por un rato, a despedirse y nada más. Ya tenía su vida armada en otra parte. Estaba bien vestido, con un traje caro, y peinado con gomina. Era como si hubiera envejecido diez años en uno y vivido en el centro esos diez años. Ahora eso no significa mucho, pero en esa época nos poníamos el traje para ir al centro. La diferencia se notaba. Los modales, la forma de moverse. Ya no gesticulaba a cuatro manos al hablar, ni se reía a carcajadas. Es gracioso. En el año que había pasado desde el incendio hasta esa otra noche en Floresta, había cambiado tanto que casi no lo reconocí. Y hoy, cuando se subió al taxi, casi no lo reconozco, justamente porque en esos cuarenta años que siguieron no cambió nada. Hasta los gestos al hablar y las risotadas habían vuelto. Fue, como dicen ahora, un shock. ¡Qué sé yo! Los demás envejecimos mientras tanto. Nadie espera encontrar al amigo de toda su juventud con la misma cara de los veinte años, cuando uno está gordo y calvo. No, uno no espera eso.

Estaba con el mismo tipo que se lo llevó del barrio. No sé si ese era de verdad su nombre, pero el Pájaro lo llamaba (lo sigue llamando) Germán. Era un muchacho joven también, no muy alto, morocho y delgado, con un toquecito aindiado. Pero era un señor. No había más que mirarlo para saber eso, y no estoy hablando del corte del traje o del reloj. Era y es la clase de tipo a quién, por instinto nomás, uno no le lleva la contra. Esta noche se subieron los dos al taxi en Congreso y dieron una dirección en Belgrano R y el

Pájaro no me reconoció. Bueno, aparte de que estoy gordo y calvo, yo les estaba viendo las caras en el espejito y ellos a mí me veían la nuca, nomás. Igual, estaban muy metidos en lo que venían hablando. Eso me dio tiempo de respirar hondo y convencerme de que era de veras el Pájaro y de hacerme un poco a la idea. Y de que el corazón se me bajase de la garganta.

La historia no empezó la noche del incendio, sino un poco antes. Quince días antes, o un mes, ya no me acuerdo. Era verano. En esa época, las noches de verano me daban muchas ganas de hacer cosas, aunque nunca sabía muy bien qué. Ahora me las paso en el taxi. Lo que pasó ese verano fue que unos tipos alquilaron la casona de Ramón Falcón y Laguna, que estaba vacía desde hacía años, y fue muy comentado en el barrio, porque se mudaron enseguida. No hicieron arreglar la casa que se caía a pedazos ni el jardín que se había convertido en una selva, ni antes ni después de mudarse. Eso sí, trajeron un camión de cosas. Muebles, claro, pero también cajones y cajones de madera de todos los tamaños. La vieja Brígida, que la contrataron para limpiar, nos decía que estaban instalando un laboratorio, mitad en la planta baja y mitad en el sótano. Cuando ella iba, a la mañana, el único que estaba era un sirviente. El tipo hablaba del "doctor", que era el dueño, como si hablase de Dios. Se ve que el doctor dormía hasta después del mediodía, porque ella nunca lo vio. Y no era de extrañar. Nosotros, que a veces volvíamos tarde de un baile o de jugar al billar, sabíamos que las luces de la casa estaban encendidas toda la noche, detrás de los postigos. Eso también: los postigos cerrados, de noche y de día, en pleno verano.

Finalmente el doctor apareció en persona, unos días después de terminar de mudarse, por el bar de Segurola. Era un tipo grande, alrededor de los cincuenta años. Usaba la barba completa y el pelo más bien largo, que no era la costumbre en el año cuarenta, y lentes con aros de metal. Nos invitó una cerveza a todos y él pidió un coñac que no se tomó. Con lo que era el coñac del gallego, no nos pareció raro. Nos contó que era médico, frenólogo dijo, investigador. Bueno no sé, lo que recuerdo es que hipnotizó al pibe que ayudaba en la cocina, y lo hizo ladrar y nos cagamos de risa. Esa noche estuvimos hasta tarde. Volvió unos días después, armó otra de esas funciones y nos dijo que necesitaba voluntarios para un experimento, cuatro o cinco, y que podía pagarles algún mango. Que si a alguno de nosotros le interesaba ayudar. Todo lo que había que hacer era quedarse en la casona unos días, cinco o seis, para que registrasen lo que uno soñaba. Querían ver si podían hipnotizar

a alguien y decirle qué tenía que soñar y ese tipo de cosas. Dijo que quería gente joven, porque un tipo ya casado no puede pasarse cinco días fuera de la casa y ahí en el barrio, porque seguro que iba a aparecer la patrona a pedirle o a decirle algo e iba a terminar jodiendo el experimento.

Nos anotamos varios, sí. De eso me acuerdo: yo también me anoté. El tipo parecía tan macanudo y, además, todos estábamos sin un mango. Hoy lo pienso y digo: ¡qué boludos, por Dios, cómo nos comimos ese cuento! Está bien, no había manera de adivinar lo que iba a pasar, pero creernos ese verso… hay que ser gil. Pero en esos días uno estaba mucho más verde y, sobre todo, no estaba esperando encontrarse un hijo de puta cada tres pasos, como pasa ahora.

Al final, eligieron a los muchachos que no tenían familia. Dos eran pibes del otro lado del Maldonado, que venían al barrio a hacer changas. Por ese lado nadie iba a preguntar por ellos. Todavía era un barrio bravo, el del Maldonado. Otro era el Chango, un indio grandote y feo que ayudaba en la cochería y lo dejaban dormir en los fondos. Don Juan, el gordo de la funeraria no lo iba a rajar porque faltase unos poquitos días para hacerse unos pesos extra. Y, como pensé después, tampoco le iba a importar demasiado si el Chango se tomaba el buque. El Pájaro estaba en la misma. La vieja del Pájaro se había muerto cinco años antes y el viejo Ricci anduvo muy pirado desde que enviudó. Un buen día se mandó a mudar y los hermanos se desparramaron. El Pájaro era el menor, tenía dieciséis años, y se vino a vivir a mi casa. Mi vieja había sido amiga de la suya y nosotros éramos amigos desde muy chicos. Además, en casa éramos diez hermanos, así que uno más a la mesa no hacía mucha diferencia. Yo sí iba a preguntar por él y también mi hermana Lucía, pero ¿quiénes éramos nosotros? Nadie. Se fueron nomás a esto del experimento. Y seis días después no habían vuelto. Así que una noche, después de la cena, fui hasta la casa de Ramón Falcón a ver qué pasaba. Sabía que era al pepe ir de día, yo quería hablar con el doctor. Así fue como vi el principio del incendio. Cuando llegué estaba saliendo humo en cantidad por abajo de una puerta grande, en el costado de la casa que daba al jardín. Corrí hasta la puerta del frente y la golpeé y grité, pero nadie salió. Esas boludeces que tiene uno, no me animé a reventar una ventana para entrar. Como las luces estaban prendidas… Mientras tanto algún vecino debe haber visto el humo y llamó a los bomberos, porque llegaron y me sacaron carpiendo del jardín. Crucé la calle y me quedé en la vereda de enfrente, comiéndome las uñas. Estaba en eso cuando llegó el auto, era un autazo de puta madre, un Ford nuevito y lustroso, que estacionó cerca de la esquina de Mariano Acosta. Del

auto se bajó este tipo, el tal Germán, muy vestido de señorito. Vino hasta cerca de donde yo estaba y se quedó mirando el incendio y no estaba sonriendo, pero casi. Y yo casi lo fajo por poner esa cara. Carajo, podía haber gente adentro, no era un show. Después me di cuenta de que el tipo se había parado ahí, justo al lado mío, porque era el único lugar de la calle desde donde se veía la glorieta. Era una glorieta muy estropeada que estaba en el fondo del jardín. A mí me pareció que salió alguien de ahí, dos o tres tipos, pero era de noche y había demasiado humo para estar seguro. Nadie sabía, lo dijo después la cana, que había una salida del sótano en la glorieta. Bueno, justo aparecieron los canas en ese momento y yo corrí, a tratar de contarles todo al mismo tiempo, y el tipo del auto se quedó ahí. Después, cuando me di vuelta, lo vi ayudando a subir al auto a otro tipo, que parecía muy mareado. Y cuando lo vi de perfil, me di cuenta de que el otro era el Pájaro. Con esas patas largas y ese naso, no había nadie más en el barrio. El coche arrancó y se fue y eso fue lo último que supe de él, por un año. De los que eran del barrio de casitas del otro lado del Maldonado, no tuvimos más noticias. Al Chango se lo llevaron otros dos tipos en un taxi. Nos lo dijo después el Rubio, que ya era muy grandote y medio boludo, y recién había empezado a trabajar de matón para Míguez.

Yo traté de encontrarlo al Pájaro. Ese verano estábamos más cerca que nunca el uno del otro. Y yo lo dejé ir solo a hacer esa huevada. Además, yo le veía la cara a Lucía, que lloraba todos los días y me quería morir. Sobre todo porque sabía, estaba seguro, de que él no se había ido por su voluntad. Traté de encontrarlo, pero no sabía por dónde empezar. Al “doctor” no lo habían encontrado dentro de la casa, ni en ningún otro lado. La cana no ayudó en nada. La historia del experimento no les interesaba. Como dije, de los muchachos ninguno tenía familia. Podían haberse mandado a mudar, simplemente. Pasaba de cuando en cuando. Lo que le importaba a la cana es que dentro de la casa no había ningún cadáver y ninguna prueba de que el fuego hubiese sido intencional. Después de todo las chimeneas y la caldera debían de andar para el carajo y los inquilinos no las habían arreglado. Yo no tenía ni idea de quién era el tipo que se había llevado al Pájaro, ni las chapas del auto sabía, nada.

Una noche, casi un año después del incendio (era de vuelta verano), el Pájaro volvió a aparecer en el bar de Segurola. Venía manejando ese mismo auto, el del tipo que se lo llevó. El coche desentonaba mucho con el barrio, así que todos largamos los dados y nos pusimos a mirarlo por la vidriera mientras estacionaba. El tipo que manejaba se bajó, se arregló el sombrero y se acomodó las solapas y los puños del saco, los de la camisa, los gemelos de oro. Cuando nos dimos cuenta que era el Pájaro en persona, casi nos desmayamos. Se acercó mirando para abajo, un poco por los charcos (llevaba zapatos de charol) y un poco porque no sabía cómo lo íbamos a recibir, creo. No sé qué estaban pensando los demás, pero a mí la sonrisa se me estiraba sola.

—¡Pájaro! —dije, no muy alto, y él dijo:

—¡Ruso, hermano! —y me tendió los brazos.

Hoy fue igual, salvo que me llevó desde Tribunales hasta Belgrano juntar el coraje para hablarle. O por ahí estaba esperando a que se bajase Germán, nomás. Mientras, lo miraba al Pájaro en el espejo y, de vuelta, me hacía sonreír sin querer. Era como rejuvenecer esos cuarenta años. Se lo veía bien. Flaco y muy pálido, como la última vez en Floresta, pero de vuelta sonriente y moviendo las manos al hablar. Hablaban de alguna película, un policial creo, y de alguien a quién acababan de ver. Germán estaba furioso con el tipo y hablaba de que estaba "tratando de manejar a todo el mundo, como de costumbre". Después dijo algo que no pesqué, creo que era en francés. Por ahí era el apellido del tipo, no sé, pero lo dijo con veneno, como diciendo "¿Qué se puede esperar de esa basura?". Y el Pájaro dijo, con una sonrisa de oreja a oreja:

—Por favor, yo quiero estar ahí para verle la cara cuando se entere. —Y su carcajada llenó el auto.

—¡Si serás chiquilín! —lo retó Germán, como un jovato retando a un mocoso, pero estaba sonriendo. Bueno, casi. Recién cuando se bajó Germán, en un caserón en Belgrano R, y el Pájaro me dijo que volvíamos a Palermo, me animé a decirle, bajito:

—Pájaro, ¿ya no me conocés? —y él me miró, mientras la expresión en su cara iba cambiando y dijo:

—Ruso… ¿sos vos? —y después, como aquella noche en

Floresta—. ¡Ruso, hermano!

Y me abrazó, por arriba del respaldo de mi asiento. Reconozco que, en ese momento, tuve una puntada de miedo. Amigo de toda la infancia, hermano, pero un tigre es un tigre ¿no? No sé cómo, pero se dio cuenta, porque se puso serio de golpe y me dijo:

—¿Qué, me tenés miedo ahora? No, Ruso, no. Ni loco, por mi madre te lo juro. —Pero me soltó y se mandó a gatear entre las butacas, para pasar al asiento del acompañante. Seguía flaco y escurridizo como siempre. Me dio vergüenza de lo que había pensado, pero ya antes de terminar de acomodarse él estaba sonriendo de vuelta. Y yo también. Eran demasiados años de recuerdos contra una sola noche—. ¡Miválo vos al Ruso y la panza que tiene ahora! ¡Demasiados ñoquis, viejo! —Y esta vez nos abrazamos los dos, con todo y el cinturón de seguridad. Ni bien puso de vuelta el culo en el asiento, empezó a hacer preguntas.

—¿Qué hacés manejando un taxi, Ruso? Mi última noticia era que estabas de capataz en una empresa grande. ¿Qué pasó?

—Que la empresa se fue a la mierda, qué va a pasar. Me faltan dos años para jubilarme así que algo tenía que hacer. Igual, con la jubilación no hago nada. Bueno, vos sabés como están las cosas. Pero no me digas que me estuviste siguiendo los pasos.

—Y, sí. Hasta donde pude. Estuve años afuera. Pero claro que quería saber. Sos mi hermano ¿no? Y es como que tu vida era la mía, quiero decir cómo habría sido, qué habría hecho yo, si no me hubiesen cambiado las cosas así. El laburo, el casamiento, los chicos. Hasta la panza y los ñoquis, mirá. —Agregó la última frase cagándose de risa.

—Bueno, no sé. Vos jugabas bien al fútbol, Pájaro, por ahí te hacías famoso y hubiese sido distinto igual. —No creo. No sé si hubiese querido, tampoco. Creo que habría preferido quedarme en el barrio. Me gustaba aquello. —Ahora estaba mirando para adentro. Por ahí no debería haber preguntado, pero era importante, y en ese momento la pregunta salió sola:

—¿Te enteraste de lo de Lucía?

—Sí, sí me enteré. —Y cambió de tema, como si le doliese—. No, si el Chango es un boludo. Debería haberse ocupado de lo de tu laburo, carajo. Yo estuve fuera del país, volví hace poco, pero le dije que estuviese al tanto.

—¿Lo seguís viendo al Chango?

—A veces. Estamos en el mismo negocio, digamos —y se hizo

un silencio incómodo, porque negocio no era para nada la palabra. El silencio lo cortó él, cambiando de tema. Bueno, más o menos.

—Arrancá, dale, que si no van a salir a ver qué pasa.

Obedecí, más bien. Lo último que tenía ganas era de volver a hablar con Germán o con nadie más de esa tribu. Bastante me costaba hablar con el Pájaro. Había un montón de cosas que no me animaba a preguntar. No quiso ir a Palermo, dijo que hacía mucho que no veía Buenos Aires, que lo llevase a pasear. Anduvimos kilómetros esa noche. Me contó unas pocas cosas de su vida en esos años. Pero eran cosas de otro mundo, que no era el mío. Creo que algunas de las historias que me contó, mientras dábamos vueltas por la ciudad esa noche, no debería habérmelas contado. Sé que a Germán no le habría gustado. Igual, nunca se las voy a repetir a nadie. Yo sí le conté mucho, de mi vida, de mis hijos, de la muerte de Lucía (todo el rato que hablé de ella, él miraba al frente, con la cara como una piedra), de los problemas y la salud y la guita. Bueno, las cosas que uno le puede contar a quien fue su mejor amigo después de tantos años de ausencia. Fue una noche muy rara, pero no una mala noche. Media hora antes del amanecer lo dejé en la puerta de un edificio en Palermo. Me dejó un billete grande por el viaje. Yo no quería agarrar la guita pero no hubo forma de convencerlo.

—Es para tu patrón —me dijo—. Chau Ruso. Por ahí nos volvemos a ver, lo tengo que pensar. Y vos también pensalo. Te quiero mucho, viejo. —Y se fue.

La noche aquella de reencuentro y despedida, en el bar de Segurola, no había salido tan bien, no. También hubo abrazos y palmaditas y saludos de todo el mundo y el Pájaro quiso saber todo de todos, todo lo que había pasado ese año, pero de él no contó nada. Y de por qué se había ido, ni hablar. Al menos no ahí. Se veía que no estaba bien. Estaba pálido como un cadáver y, con su tipo de piel, eso quiere decir que quedaba más bien verdoso. Y serio, para lo que había sido siempre. Como alguien que recibió malas noticias. Muchas malas noticias, durante mucho tiempo. A la media hora dijo:

—Bueno muchachos, perdónenme pero tengo poco tiempo. Vení, Ruso, acompañame a dar una vueltita por el barrio y después me las tomo, que tengo que pasar a buscar a mi amigo a las once.

Todos se dieron cuenta de que quería hablar a solas conmigo y nos dejaron ir, seguros de que yo les iba a contar todo después. Nunca les conté nada. Mejor dicho, les conté un cuento. Esa

madrugada encontraron al Rubio con una bala en la cabeza y, con el escándalo, todo el mundo se olvidó de la visita del Pájaro, por esa semana al menos. Y en una semana, yo ya me había inventado una buena historieta.

Esa noche, en cuanto salimos del bar, el Pájaro agarró para el lado de las vías. Yo pensé que por ahí el Rubio me andaba buscando para fajarme, porque había habido un encontronazo en un baile, ese sábado. Pero, después de todo, éramos dos y el Pájaro no era cualquier segundo. Le gustaban las roscas, se agarraba a piñas por poca cosa y peleaba bien. Me olvidé del Rubio y empecé a preguntar. Y el Pájaro contestó, eligiendo mucho las palabras.

—Mirá Ruso, el "doctor" aquel nos cagó, nos recontracagó. Toda esa historia de los sueños y todo eso, eran macanas, eso ya te lo habrás imaginado. Eso sí, por amor de Dios, jurame que a los otros no le decís una palabra de esto. Es mejor para ellos que no lo sepan. El tipo era de un grupo de gente... de gente jodida, qué querés que te diga, muy jodida.

—¿Pero qué son, mafiosos?

—Bueno, mafiosos exactamente no, pero igual de jodidos. Tienen contactos con la mafia. Y tienen poder, mucho. El caso es que nos quería enganchar para formar parte de esa gente. Para armar su propia banda, digamos. Pero lo hizo por izquierda. Ellos... ¡Carajo! Debería decir nosotros ¿no? Bueno, hay una forma establecida para reclutar gente. Y hay un grupo, los jefes, que lo tienen que autorizar. El famoso doctor se cagó en todo y nos llevó engañados y sin permiso. Bueno, hizo todo al revés. Y eso, con esta gente, no se hace. Y se paga. No sé quién limpió al doctor y le prendió fuego a la casa pero fue alguien que se enteró y se movió antes de que la cosa llegase a los jefes. Seguramente alguien conocido de Germán, porque si no ¿cómo habría sabido lo que iba a pasar para esperarme en la puerta? —Estaba hablándose a sí mismo, ahí, me parece. Después volvió a hablarme a mí—. Germán es el tipo que me llevó esa noche, el dueño del auto. Es mi patrón, no mi amigo. Si se entera que te estoy contando aunque sea esto, me cocina. Lo tenía que traer hasta Lacarra y Rivadavia y le dije que me iba a acercar hasta acá para despedirme, pero nada más. No voy a volver más, Ruso. Esta es la última vez.

—¿Cómo que no vas a volver más? Escuchame, vos vivías acá. Bueno, ahora laburás con este coso. Pero lo demás todavía existe. No trabajás todo el tiempo. Tenés que tener tu vida también ¿no? —Justo ahí lo miré y la cara que estaba poniendo me hizo sentir mal a mí. Era como si le hubiese acertado una trompada. O un dedo en una llaga.

—No, ya no —Así de limpito y pelado sonó—. Ya no. Ni jugar al fútbol, ni ir al cine con ustedes. Ni Lucía… Te juro que eso es lo que más me duele. Vas a tener que decírselo vos, Ruso. Decile que no elegí, que se dio así. Y que no hay, ni va a haber, ninguna otra mina, nunca. Que me perdone, pero no puedo hacer nada. —Ya a esta altura el Pájaro sonaba definitivamente fúnebre y yo me estaba volviendo loco.

—Pero ¿qué son estos tipos? ¿Qué les pasa? No me gusta ni mierda todo esto.

—Son lo que son. Y a mí me gusta menos que a vos, te lo juro.

—¿No te podés abrir? Rajarte de alguna manera, que sé yo.

—No, no puedo, no voy a poder jamás. Nadie puede abrirse de esto. Pero quería verte una vez más y ver a los muchachos y el barrio. Y además… quería pedirte algo. Acá tenés el teléfono de la oficina. Preguntás por mí, por el asistente de Etchevarry. —Germán Etchevarry, decía la tarjeta, la quemé, algún día de la semana siguiente—. Llamáme, de vez en cuando, yo estoy a la noche. Contame lo que anda pasando y avisame si tenés algún problema. Lo que sea. Por ahí, ser parte de esta mierda, alguna vez sirve para algo.

Supongo que sirvió, esa misma noche, porque el Rubio era mucho más grande que yo y tenía un cuchillo y por ahí me habría matado, no lo sé. Estaba medio tocado, el Rubio. Pero creo que yo habría preferido un tajo en la jeta y no que pasase lo que pasó. El tarado este nos salió al paso cuando íbamos cruzando delante de un baldío, por la calle Yerbal, a una cuadra o dos de la estación. Con un cuchillo en la mano. Me quedé duro. Había roscas en el barrio, de vez en cuando, por minas o por otras cosas, pero como mucho uno se agarraba a piñas. Esto era… otra cosa.

—A vos te estaba buscando, piojoso. Y vos, tanito, rajá de acá, esto no es asunto tuyo. Volvete al centro, con el otro cajetilla, dale…

Me estaba mirando fijo y ni lo miró al Pájaro cuando se abrió a la derecha. Pensó que se había ido, el imbécil. Me estaba explicando (en pocas palabras, porque muchas no sabía, era muy bruto) que nadie le hablaba así a él, delante de una mina y no sé que mierda más, cuando empezó el baile. Supongo que el Pájaro le pateó la mano del cuchillo desde el costado, como hacen ahora en las películas. El cuchillo salió volando y, de golpe, no vi cómo, el Rubio también estaba en el aire y el Pájaro estaba detrás de él y lo bajó de un tirón, agarrándolo del hombro con un brazo cruzado

delante del pecho. El Pájaro siempre había sido rápido para los juegos de manos, pero nada así. Alguien lo había estado entrenando y bien, además.

—¿Qué mierda hacés? —gritó el Rubio, que nunca había sabido cuándo tenía que callarse la boca—. O ahora lo vas a estar cuidando a éste. Si te tirabas a la hermana… —Nunca terminó la frase. La otra mano del Pájaro lo agarró del mentón y tiró, a lo salvaje, para el otro lado. El cuello le crujió, muy feo. Le vi los ojos al Pájaro por un segundo, desesperados, antes de que bajase la cabeza sobre el hombro del Rubio. Creo que yo estuve a punto de desmayarme porque todo se nubló por un segundo. Cuando el Pájaro levantó la cabeza, y me miró de nuevo, con los ojos enrojecidos y la cara manchada de sangre, pensé que me iba a morir ahí, del susto.

—¿Vés, Ruso? ¿Vés para fabricar qué nos quería el doctor? —Las palabras le salían medio raras, como si le pasase algo en los dientes, pero yo no me di cuenta de qué le pasaba. Creo que no quería darme cuenta. Era como una pesadilla o como una película, algo que pasa en otro lugar. Bajó la vista, miró al tipo que tenía agarrado, como si por un minuto se le hubiese olvidado, y lo dejo caer. Sacó el pañuelo para limpiarse la boca, lo volvió a guardar. Repitió la rutina de acomodarse las solapas, las mangas, los puños de la camisa, los gemelos. Cuando terminó, ya no temblaba. Yo sí.

Y en ese momento apareció Germán, saliendo exactamente de la nada. Nos miró a los dos, primero a él, después a mí, y supe que no me iba animar a moverme hasta que él me diese permiso. Ni loco. Se levantó un poco las perneras del pantalón, parece que no era cuestión de desplancharse, y se agachó al lado del Rubio. Le apoyó dos dedos en el cuello. No estaba buscando el pulso, parecía que lo quería tocar, nomás. Cerró los ojos un minuto y después se levantó y lo miró al Pájaro, con cara de darle un reto, no de tener un drama.

—Esta vez sí que la embarraste, mocoso. Vos y tu carácter podrido. —Por ahí el Pájaro puso cara de pregunta, no lo sé. Yo podía mirarlo solamente a Germán. Pero, en todo caso, lo siguiente que dijo Germán sonó a respuesta—. Está listo. No va a durar ni

diez minutos. Terminalo. No lo podés dejar acá con esas marcas. Y vos… —dijo, y se dio vuelta para mirarme. Otra vez no lo vi moverse al Pájaro, pero de golpe estaba entre Germán y yo, y como era bastante más alto que cualquiera de los dos, sus hombros me tapaban la cara de Germán. A Dios gracias.

—Es mi hermano —dijo el Pájaro, con esa voz apretada que ponía cuando estaba a punto de trompearse con alguien

—Pensé que me ibas a decir algo así. Arriba de ser calentón, sos un sentimental, imbécil —dijo Germán y sonaba como si estuviese a punto de sonreír—. Apartate, no lo voy a tocar.

Y se apartó. Germán me miró fijo (y sí, estaba casi sonriendo) y me dijo:

—Vos entendés que, si abrís la boca, el que se muere es él, ¿no? —Lo estaba señalando al Pájaro con el pulgar—. ¿Lo entendés? —Y sin esperar respuesta, le dijo al Pájaro:— Te espero con el auto, en Rivadavia, en diez minutos. No, en ocho. Así que apurate con la limpieza. —Estiró la mano, barajó en el aire las llaves que le tiró el Pájaro y se fue. Así, en un pestañeo. Caminó, tres pasos rápidos, hasta la sombra del muro, y desapareció. El Pájaro estaba de vuelta agachado al lado del Rubio y mirándome. Creo que de golpe se dio cuenta de que yo estaba en pelotas, porque me hizo un gesto de que me acercase y me miró desde abajo, otra vez con esa cara de sufrimiento que le había visto antes esa noche.

—No estás entendiendo nada ¿verdad? Vení, mirá esto. —Había dos marcas en el cuello del Rubio. Dos agujeros. Y recién ahí lo miré bien al Pájaro y tenía los colmillos como limados en punta y sobresalían medio centímetro o más de los otros dientes. Cuando llegó al bar no estaban así, estoy seguro, pero ahora sí. Con razón sonaba raro al hablar. Bueno, ahí no me quedó más remedio que entender. Empecé a temblar de vuelta.

—¿Vés ahora, Ruso, por qué no puedo abrirme? Ni muriéndome puedo zafar. Porque ya estoy muerto, Ruso, estoy muerto. —Creo que estaba a punto de echarse a llorar, pero se las aguantó y me dijo sin mirarme—. Andá para el bar. Apurate. Quiero que estés allá cuando oigan el tiro. Todos saben que no usas armas, pero es mejor que estés allá. —Había sacado un chumbo de alguna parte y yo sabía que lo iba a usar.

No dijimos nada más, ni adiós ni nada, y me fui para el bar, tratando de poner cara de charla normal. Por suerte no la tuve que mantener, porque sí sonó un balazo, o por ahí dos muy seguidos, cuando yo estaba llegando al bar. Y ahí todos pusieron cara de ver fantasmas y salieron corriendo a ver que había pasado. Al Rubio lo

encontraron recién al amanecer y no tenía ninguna marca en el cuello, aunque sí tenía la cabeza hecha un asco. Me lo contaron, yo no me quise acercar.

Eso fue hace más de cuarenta años, y en esos años pensé muchas veces en el Pájaro. Con mucho miedo, miedo por él, por lo que le podía pasar. Y a veces con miedo, terror, porque ahora sabía que hay otros como él, sueltos por ahí. Otras veces sentía pena por él, que nunca iba a tener mujer, ni hijos, ni volver a ver el sol. No pensé, nunca pensé que tampoco iba a envejecer, que para él sí, cuarenta años son nada…

Los caminantes del cielo

Antonio Mora Vélez

Antonio Mora Vélez, COLOMBIA

Esta es una de las raras ocasiones en las que podemos presentar una obra poética de Ciencia Ficción.
No es común que un autor logre unir bien temas tecnológicos con lenguaje poético, como lo logra Mora Vélez en este trabajo.

Poemas
(parte 1)

A mi esposa: Idalia Ortiz
A mis hijos: Antonio Carlos,
Oscar Javier y Glitza Beatriz
por haberme permitido
dedicarle a la literatura
un tiempo que ha debido
ser para ellos.

“Nada que es humano es puramente humano,
y nada de lo que vemos en el cielo
es puramente cosmológico.
Estamos envueltos en el cosmos.”

Timothy Ferris

El Autor

Antonio Mora Vélez es conocido en Colombia e internacionalmente como narrador y ensayista de ciencia ficción.
Ha publicado los libros de cuentos GLITZA (1.979), EL JUICIO DE LOS DIOSES (1.982), LORNA ES UNA MUJER (1.986) y la recopilación de ensayos CIENCIA FICCION: EL HUMANISMO DE HOY (1.996) reproducido en Méjico. Sus cuentos han sido traducidos a otros idiomas, antologados en JOYAS DE LA CIENCIA FICCION (La Habana, 1.989) y CUATRO AUTORES DE CF (Bogotá, 1.988) y publicados en revistas y suplementos literarios del país y del exterior.
Luego de veinte años de trabajo como docente en la Universidad de Córdoba se residenció hace seis años en Sincelejo, ciudad en donde se desempeña como Vicerrector de Bienestar Universitario en la Corporación Universitaria del Caribe (CECAR).

I.- POEMAS DEL COSMOS

EL GRAN ARQUITECTO

La Armonía de las estrellas
Da testimonio de tu obra
Lo mismo las distancias exactas
Que separan las partículas del átomo

Los planetas son tu esquina
Más querida, los azules
Porque en ellos reverdece
El pensamiento

Nada gira sin que antes gire
En tu conciencia
La forma de todo lo existente
Es la misma forma de tu sueño

Y no estás más allá
Ni en las profundidades del cosmos
Ni en el corazón de los protones
Ni en el alma de los hombres

Somos nosotros quienes estamos
En tu seno
Navegando como ideas
En tu océano de amor.

1.992

EL DIVINO “SPHAIROS” DE EMPÉDOCLES

(Antes del Big Bang)

Eres el fuego de oriente
Preparándose para desplegar su horno

En alguna de tus playas
se broncean los quarks
esos pequeños seres de luz
que de tiempo en tiempo
deciden meterse
en este juego de Dios
para soldar la materia
de que está hecho el hombre

1.992-99

EL UNIVERSO

Rítmico deslizar del polvo transportado
Por la luz de la nova que se muere
Minúscula aspiración de vida
Que moras en el centro de la génesis

Celo atroz del pensamiento
Cuerpo que piensa acomodando
Su forma a la otra forma

Flujo de estrellas que lubricas
Las turbinas de la vida
Lenguaje de fuego
Que anticipas al hombre
¡materia sublimada!

Música del campo que mantienes
La armonía hasta el final del recorrido
Que luego se revierte
Y se contrae en el ojo de Dios
En busca de la síntesis

Señora de la noche
Que me cuentas las disputas
De los jóvenes fugaces
Que incendian los bosques
Con su grito

Delirio eterno de la sagrada
Identidad de mi conciencia con tu manto

Yo, pobre mortal
Ocurro a ti para contemplarte

Mientras tú, alfa y omega, espejo ilimitado
Despensa infinita
Continúas agrupando las moléculas del sueño
Juntando las partículas del hombre
Y derramando sobre sus sienes
Agua fértil del océano
Con la complicidad de las tinieblas.

1.980-99

GALAXIA

Caracol de fuego
Que fraguas la vida en tus aristas

Espiral de luz

Que portas el mensaje de los dioses

Escucha la voz de esta estrella
Que colapsa en uno de tus brazos

Y llena de amor
Esta franja del universo
Donde mora, inseguro
El pensamiento

1.992

ESTRELLA

La materia sale de tu llanto
En ráfagas
Y riega la epidermis del espacio
Hasta que se junta y forma
Las partículas del suelo

Por ti existen el surco alegre
de las aguas
El ulular del viento
Y la epopeya de los árboles

Eres la luz que iluminó a Jesús
Y que sembró en el corazón del hombre
El sentimiento

Vivimos en tu aliento
Y moriremos cuando tu fuelle
Agote su último latido
Y tu rostro cambie de tono
Por los siglos de los siglos

1.992

PLANETA

Cuenco de algas
Que viajas en la dirección
De la conciencia

Estallido detenido
Espejo desde el cual
El universo se contempla

En tu forma
El espíritu se libera del fuego
Y se instala
en la materia del hombre

1.995

HOMO SAPIENS

Complejidad de átomos
Que ascienden

Singularidad en donde
Se oculta la entropía

Ventana abierta
Del espíritu

Tienes en tus genes
El mensaje de los dioses
Pero aún batallas
Contra molinos de viento

1.995

COMETA

Lágrima infinita que emerges
Desde las orillas del silencio
Amenaza latente que pruebas
La consistencia de los sueños

Chasqui insuperable de otros reinos
Que vas y vienes
con polvo y hielo en tus alforjas
y un montón de soledades añadidas

No juegues al azar en estos predios
Apunta hacia otro cauce
Hacia el lugar de los planetas desnudos
Que te desean

Desde que Cronos almacenó en tus grietas
La semilla de los ángeles

1.998

LA LUNA

Llegaste a este recodo del camino
Y te instalaste en la noche
De los hombres
Segura de tu luz regalada
De tu silencio
Y de la belleza de tus cambios
De rostro

Tu epidermis dibujada
Por el fuego de los dioses
Revela que el cosmos no es un lugar apacible

Por ello

Le escondes a los hombres
El enigma de tus ojos verdaderos
Y les muestras en tus siluetas de arena
El espectro del futuro

1.998

SIRIO

Tu luz se filtró por las ranuras del pasado
Y dejó las huellas de otros tiempos
En la cámara real del gran atlante

Los dogones de Africa
Te presintieron doble
En las filigranas de su ancestro

Tus dos caras esconden los misterios
De uno de tus pueblos destruido
Y la odisea de las mil naves
Y el hallazgo de este erial
en uno de los brazos
de Amaltea

Pocos saben
Que la semilla de tu exilio germinó
En La Tierra de los simios
Y que tus hijos, los gigantes
ignorando tu grandeza
Aún te miran con los ojos del sueño

1.998

ASTEROIDES

Vértigo en el espacio del pasado

Armonía de notas disgregadas

Cada fragmento de tu danza
Guarda pedazos de glorias olvidadas

Tu ser anterior
Pleno de agua y de ilusiones
Fue la posta del ancestro

1.999

EL ESPACIO

En tu lecho de espumas
Los astros resignados siguen
la curvatura de tu esencia

Por tus paredes globulares

La energía de otros tiempos se filtra
Se congela y forma la materia
De las cosas

En tus mallas de luz
Los infinitos se confunden

Las galaxias y los cúmulos se alejan
cuando tus láminas
Se abren y se expanden con el tiempo

1.999

LA LUZ

Tus viajes siderales
Nos muestran
El decorado de otros tiempos
El pasado en la retina del presente

Eres y no eres
Al sobrepasar los umbrales
Del misterio

La geometría que te ordena
Es la cuna de ese brillo
Que nos permite manosear
La substancia del mundo

Los físicos te limitan
A las alturas del cuanto y de la onda
Del espacio y la energía

Con la llegada de los dioses
Pasaste a ser por siempre
Símbolo del logos

1.999

II.- POEMAS ANTRÓPICOS

LOS COSMONAUTAS

Los cosmonautas de La Tierra
Tejen la ruta de la vida
Mientras extienden los anillos
Del camino
Hacia la franja del eco

Ellos saben que el cosmos
Tiene los bosques abiertos

Y que el planeta es un solar
Que se estrecha
Y que limita el sueño de los genes

Por eso atornillan y ensamblan
Y miran de soslayo, esperanzados
La curvatura azul
Desde la parte oscura de la nave

1.992

RELATIVIDAD

Regresaste del futuro
Confundido con las palabras nuevas
Que escuchaste en Baikonur

Ahora tu patria es un inmenso
Campo de pedestales solitarios
Y en las portadas no figuran
Koljosianas sonrientes
Ni el trigo que germina
Ni las estelas de las naves
que hienden el celofán del cielo

Piensas en Einstein
En los posibles viajes
Por las aristas del tiempo
Bajas lentamente de la cápsula
Y empiezas a sentirte
Cosmonauta Serguei
Visitante del pasado

1.992-95

LA MAESTRA DEL CHALLENGER

Se te acabó la vida en la barahúnda del fuego
Mientras nosotros, atónitos
No alcanzábamos a descifrar
La trayectoria de tu pánico

En el perfil doloroso de la imagen
Los destellos de tus sueños de maestra
Se confundieron con las pavesas del impacto
Y el borbollón del mar que guardaba tus lecciones
Consumió la ilusión
De tu horizonte

En este lado de La Tierra
Acompañados del amor y del vino
Esperábamos el triunfo del Hombre

Pero la estela tenebrosa
Engendró la expresión del horror
Entre tus pares
Y silenció tu voz de cielo

1.992

YURI GAGARIN

Comandante de los sueños
fenecidos
y pionero de la búsqueda

Sabías que el cosmos
Es el verdadero hogar del hombre
Y que esta tierra es apenas
Una aldea en el camino

Tu primer vuelo acercó el retorno
De los dioses

1.999

LOS NÁUFRAGOS DE TUNGUSKA

La nave arrojó sobre la taigá
El fuego de su vientre
Y un golpe huracanado calcinó
las hojas de los árboles
y anegó de luz el horizonte

Audaces y valientes, los astronautas
Aterrizaron en la cima del mundo

Y allí tuvieron que aprender a respirar
El aire de los lamas
A comer su puré de leche con cebada
Y a morir con la esperanza
Del retorno

Hoy, olvidados del mundo
Los hijos de esos náufragos
Aún conservan en la nave de sus ritos
El silencio de los discos de piedra
Y la imagen borrosa de sus mitos

1.999

VALENTINA DEL COSMOS

Tu salto a las estrellas
Un reproche a los dioses
Del ancestro
Por haber ultrajado a la mujer

De los orígenes

Tu salto a las estrellas
La obsesión por el éxodo
De los astronautas del pasado

1.999

NEIL ARMSTRONG

Tus huellas grabadas
En la luz de nuestra noches
Están allí, perennes
A la espera de otros vientos

Los poetas de tu tiempo
Te vieron en el lecho de los sueños
Cabalgando sin ganas
Sobre los muslos de arena
De una novia deslustrada

Desde las orillas de la esfera
Los dioses angustiados
Te eligieron
Capitán de esa silente estación
De la esperanza

Ahora
Después de tantas lluvias
Y en la hora del ocaso
Sientes unas ganas infinitas
De volver a reeditar los pasos
Del encanto

1.999

El portal fantástico

Carlos E. Ferro

En los textos sagrados, además de verdades profundas, sabiduría, mística y religión, también podemos encontrar algunas de las mejores muestras de fantasía.

UNA VEZ MÁS, estoy aquí para presentarles un cuento fantástico, y perorar sobre temas relacionados con él.

En este caso, se trata de un cuento del español Rafael Marín. Y versa sobre una tradición cuyo origen está en la Biblia.

La Biblia es un texto sagrado para judíos y cristianos. Su nombre griego indica que es no sólo un libro, sino un conjunto de libros. De hecho es un conjunto sumamente diverso, en el que se reúnen textos de estilo muy diverso, escritos en épocas diferentes y por gente muy distinta. Según la tradición religiosa, todos ellos inspirados por Dios; pero esto, evidentemente, no les impidió poner su estilo personal en la Escritura.

Mi propósito es considerar justamente el aspecto literario de estos textos, dejando de lado el religioso. Y por supuesto, dentro de ese material literario encontraremos mucho de fantástico.

A lo largo de ella encontramos la narración mitológica del comienzo del mundo, hallaremos poesía en los salmos, encontraremos narraciones legendarias de sucesos históricos, narraciones épicas de batallas en las que Dios interviene de un modo u otro, como cuando detuvo el sol durante un día, o cuando hizo derribar con trompetas angélicas los muros de una ciudad sitiada. Luego tenemos los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, con narraciones de milagros y grandes actos, y terminamos con otra narración mitológica o alegórica sobre el Fin del Mundo. Así, se describe en ella todo el ciclo de nuestro Mundo.

Es un libro de imágenes muy fuertes, como por ejemplo las siete plagas de Egipto, o la transformación en sal de la mujer de Lot. Es un libro de grandes dramas humanos. Es un libro profundamente simbólico y alegórico. De hecho, ha sido y es fuente de controversia cómo interpretarlo; hasta dónde es alegórico y hasta dónde se puede tomar literalmente. Pero lo que es indiscutible es que muchas leyendas y mitos de enorme difusión se encuentran expresados allí. Algunos de ellos tienen su origen en la Biblia, otros son mucho más antiguos que ella (como el mito del Diluvio Universal, del que ya

hablamos una vez y vimos compartido por muchos pueblos antiguos, o los mitos de creación del mundo y el hombre).

Quiero aclarar antes de seguir que esto no es privativo de la Biblia. Los textos religiosos en general suelen tener algo de esto. Supongo que el Corán incluye grandes textos fantásticos, y sé que el Popol Vuh, el Ramayana y libros de otras religiones también hablan sobre mundos fantásticos, en los que aparecen dioses y héroes, o los orígenes de nuestro Mundo.

Es lógico, ya que la religión debe dar respuestas a las grandes preguntas sobre cómo empezó el mundo, y por qué es cómo es. También debe contarnos sobre los seres superiores, para poder dar enseñanza moral. Y todo esto, al no tener un fundamento científico, ni contacto con nuestra realidad cotidiana, sólo puede resolverse en el terreno fantástico.

La Biblia no sólo contiene muchos textos fantásticos, sino que también ha servido de inspiración para muchos autores. El tema religioso en general es importante en muchos autores, por las razones antes mencionadas. Por ejemplo, tenemos al famoso mormón Orson Scott Card, cuyo tratamiento de la moral y religión en sus novelas es imposible ignorar. Asimov y Clarke también han tratado el tema religioso en uno u otro momento, por ejemplo La Ultima Pregunta o Los nueve billones de nombres de Dios, que si bien son obras menores, reflejan una preocupación que muchos han compartido. Es caro a la ciencia ficción el tema del principio y el fin del Universo.

La cantidad de sátiras sobre temas y leyendas bíblicas también es impresionante. Desde La Vida de Brian, hasta el capítulo de Los Simpson en que Bart representa a David contra Goliat (II), entre otras viñetas bíblicas. Esto es lógico también porque forma una parte muy importante de nuestra tradición cultural. Desde muy pequeños estamos en contacto con ese material, al menos a nivel de leyenda o cuento. No importa el sentimiento religioso, todos los chicos saben que Moisés separó las aguas de un mar (como demostró Disney en El Príncipe de Egipto) o que Eva se comió una manzana, y por eso expulsaron al hombre del Paraíso. Es un material muy enraizado en el imaginario colectivo, y por eso es referencia muy frecuente. Recuerdo que en un taller literario hemos comentado que todo autor tiene un cuento sobre la expulsión del paraíso en algún cajón, y es muy probable que esa exageración tenga un gran fondo de verdad. Y no es el único tema frecuentado. Cada figura bíblica tiene alguna obra literaria basada en él, al menos. De hecho, uno de mis amigos está escribiendo una novela (tragicómica) sobre Matusalén.

Dentro de los temas bíblicos, Marín nos trae uno de los más antiguos. Para mí es un tema muy fuerte también, que tienen mucho que ver con el albedrío y las decisiones de los hombres. Es el tema de Caín. Caín mató a su hermano Abel, y siempre el hombre mata a su hermano. Puede verse como una alegoría de las guerras perpetuas en que se sumerge el hombre, puede considerarse una alegoría de la lucha del hombre contra los aspectos más violentos de sí mismo, con el castigo de la conciencia. Seguramente hay muchas visiones posibles, pero no cabe duda de que es un Gran Tema, uno que toca a cualquier hombre de cerca.

Y eso le da mucha fuerza dramática y literaria también. Rafael le da un giro muy peculiar (y fantástico) a la cuestión, que no les quiero anticipar, pero que tiene mucho que ver también con el tema de la inmortalidad.

Es curioso que al pensar en Caín, uno rara vez lo considera inmortal. Sin embargo, en la literatura aparece frecuentemente así, tal vez por el atractivo de la inmortalidad. Recuerdo los impresionantes caínitas de Demián (de Herman Hesse). En el juego de Vampiros de la Mascarada, basado en las novelas de Anne Rice sobre vampiros, hacen que Caín sea el origen de la estirpe de los vampiros, el más antiguo y el primero. Y sería curioso pensar cómo podría llegar Caín a vivir hasta nuestros días. Esto lo pondría a la altura de otro mito de raíz bíblica, el del Judío errante. +Se imaginan un encuentro de estos personajes?

Bueno, creo que es bastante como comentario introductorio. Los dejo con el cuento de Marín.

* * *

De entre la niebla

Rafael Marín

Marín es el reciente ganador del premio español Pablo Rido. Actualmente es colaborador de revistas como Cucarrete, Dolmen, Bronce, Kirby, El Fantasma, Artifex, Ad Astra, Gigamesh, Bem, Stalker, donde participa con relatos, críticas o estudios. Es articulista de Planeta-de Agostini en su línea Excelsior. Tiene publicados libros y su relatos aparecen en diversas antologías.

Su prosa poética nos trae un siniestro personaje desde el principio de los tiempos... Un cuento fantástico con ribetes policiales en el que se encuentran las dos profesiones más antiguas del mundo...

Es de noche en el puerto. Una niebla húmeda y porosa sale del mar, cruza por sobre los norays de hierro, atraviesa los muros, las verjas, las cancelas, ciega de bruma blanca dos semáforos. Plaza de San Juan de Dios arriba, es una nube de semen que se para, que zozobra, que se quiebra. Diez campanadas flotan contenidas en su velo; muy lejanas, parece como si el tañido fuera el origen de un sueño fabulado a mil kilómetros. El remolino blanco burbujea, se comprime, gira a todos los lados y se expande, retrocede, tantea los arcos del Ayuntamiento, lame la esquina a Sopranis, roza los puntos del reloj que acaba de cantar la hora, palpa los taxis estacionados en doble fila, acaricia las escaleras de los urinarios cerrados al público, cruje como almidón por entre los escaparates de la boutique de modas, anega la advertencia precaución respeten las señales, cubre de sal el quiosco donde con esta oscuridad ya no hay periódicos, sobrevuela el puesto de castañas, inunda el cristal del despacho de dulces y se encamina calle Pelota recta hacia adelante, da tumbos de pared a pared, entre la librería y las tiendas de zapatos, entre la óptica Gay y Eutimio Sastre. La niebla duda al llegar a la intersección, como un pulpo recubre de abrazos pálidos todos los caminos a concretar, sigue hacia el frente, recodea la estatua en bronce mohoso del Papa cubierto siempre de palomas, sube los escalones de acceso a la catedral en ruinas, pasa la altura tope de la torre protagonista de la novela que algún día habré de terminar por escribir, y entonces tiembla ante la perspectiva de acortar camino y retornar al agua, duda la elección de continuar su avance o devolverse a los abismos sin mesura, contempla el cruce con el Campo del Sur y la entrada al museo subterráneo. Una brisa venida nadie sabrá de dónde con certeza acude a auxiliarla en su última determinación. Callejuelas oscuras, mesón barato y típico, la niebla blanca anda. Calle San Juan: recovecos de suciedad y orines se

ocultan en el sudario mágico. Un gato gime, salta, centellea, es el único ser vivo en escuchar los pasos. El primer night-club está cerrado. La niebla tienta las puertas, obstruye los pestillos, tira de los cáncamos, acaricia los carteles rotos, continúa hundiéndose en el empedrado absurdo, da en aclararse casi sin tenerse en cuenta. Muy lejos atrás, el gato advierte los pies oscuros que pronuncian pisadas, la sombra de aspecto humano que rodea el hálito de la bruma nocturna. Otras dos casas de putas que no abren, otras dos puertas negras y rojas que rehusan su contacto. El hombre envuelto en la niebla reflexiona, sigue adelante, busca con mirada antigua a derecha e izquierda. La niebla capotea, susurra maldiciones en los postigos entornados, araña las viejas maderas pintadas de tintalux y asco. Hacia el final de la calle, su contacto produce repelucos en los hombros desnudos de la mujer que espera; dedos de salitre y rocío hacen tiritar el cuerpo de la matrona adelantando un presagio de lo que va a suceder luego. Los pasos se hacen más medidos, más cortos. La niebla se escancia, se retira, disuelve la irrealidad en que ha sumergido el barrio. Ella, la Boca de Oro, se apoya más contra la esquina. Los pasos se detienen, la niebla observa con cuidado los movimientos de la furcia. Ella, la Boca de Oro, ya ha notado que no está sola: el olor de hombre cercano es más intenso que el del yodo que todo lo ciega. Una leve espiral de humo gris viene a juntarse con la niebla, se funde con la nube salada, atraviesa en un momento las tapias de la calle. Los pasos se reinician, bailan un fox con su taconeo ligero. Ella, la Boca de Oro, lo ve aparecer, transparente a la escasez de luz, arropado en el lienzo de niebla, y sonríe para su yo y reconoce que después de todo no ha hecho la tonta esperando aquí con semejante noche. El hombre de la niebla blanca se planta a un palmo de ella, la rebusca, la contempla, se lleva las manos a la pelliza de piel de oveja, respira hondo, expulsa el aire frío de este uno de noviembre, pregunta cuánto sin ningún preámbulo. La Boca de Oro lo mira de cruz en raya, se sorprende de su aspecto indefinible, observa el pelo lacio y amarillo del hombre de la bruma, su mentón firme, la barba descuidada, los ojos infinitamente oscuros, ojos como de anciano, ojos casi de niño, el aire de reconcentración que habita dentro de esas pupilas del más encendido negro. La Boca de Oro zascandilea, quiere hacer como que es una gran señora y no entiende de qué va el tipo o no está habituada a meterse tan en corto y por derecho al asunto que los dos pretenden, se retrasa en abrir el pico porque aspira el penúltimo vahído del ducados que está manchado de carmín, le da por observar con más detalle que el andova aparecido se hace cierto aire a ese actor inglés, a aquel que hace de indio y se llamaba caballo, y entonces descubre, a salvo del pelo, entre el taladro negro de los

ojos y el caracol grasiento de la cabeza, la marca de color hierro fundido que le voltea el corazón y el pecho, el antojo innatural y extraño que surca su frente. La cicatriz es un verdugón curioso, parece el tejido del tatuaje de un árbol, el rastro de unos dedos que se hubieran posado en la frente y hecho presión hasta quedar grabados en la carne. El hombre pregunta de nuevo cuánto con una voz que es poco menos ronquido que siseo, sacude la cabeza hacia los lados, intenta sacar las manos de los bolsillos, acerca la cara y la marca de rojo se muta en zarpa inmensa a través del filtro de niebla. La Boca de Oro no sabe por qué de pronto un escalofrío de espanto baja por su cuerpo, juguetea con sus pezones, hace temblar su flojo vientre y eriza los vellos depilados de sus piernas, pero entreabre los labios y escupe su precio. El hombre nacido de la bruma acepta, saca la mano izquierda del bolsillo, da la mitad de un paso al frente, tiende la suma exacta que por lo visto ya había calculado con buen tino, gruñe anda y toma con voz muy bronca. La Boca de Oro agarra los billetes, los estruja, los compensa, dice bueno, venga, está aquí cerca. Los dos echan a andar, el uno al lado del otro, dejando aparte los arrumacos, los magreos, las palabras insinuantes y las caricias falsas. El hombre se detiene una o dos veces para apurar un largo trago de la petaca de coñac oculta en los entresijos del chaleco. Blanca y salada, a ras de tierra, la bruma les sigue los pasos, desborda su marcha, contagia de pálido ventanas y esquinas, tuerce la primera y la segunda bocacalles, rebasa las aceras, se cuela por las rendijas, saborea el óxido de los cerrojos, se resiste a comprender que no va a conseguir colarse en el falso nido de amor que solicitan los dos amantes. Buhardilla arriba, tercer piso de una casa de alquiler, cómoda, mesa de noche, lámpara, cama, la Boca de Oro da la luz y deja entrever al hombre sus dominios, atranca la puerta, busca la palangana, el agua, la esponja, deposita el bolso al lado del espejo, sugiere ve desnudándote, se despoja de las ligas y las medias, desabrocha la falda, suelta el sostén, abre la camisa y permite salir a flote dos pechos agrios, dos pezones de color naranja mustia, desplaza con cuatro dedos llenos de laca la mancha negra raída de las bragas. El hombre contempla ausente el cuerpo que ha alquilado, reprime un hipido de asco, pasa la vista por las tetas de la furcia, comprueba el colorete de los ojos, la pintura de la boca, el remolino sobre el pubis, y se desprende los zapatos y el chaleco, abre la cremallera, extrae los calzoncillos, se alza en la luz mohosa como un palo de cocina, muestra su serpiente blanda y juguetona. La Boca de Oro se extiende en la cama a medio deshacer, aparta las sábanas amarillentas por el uso de otras mil noches, abre las piernas, ofrece sus brazos, entreabre el coño, se ha olvidado del inútil ritual de engalanar de agua y jabón el miembro de este

hombre que la pone tan nerviosa. Limpio de ropas, ausente de niebla, su comprador presenta un aspecto delgado: es su cuerpo un nudo, una correa de piel cobriza, el resultado de un cruce de humano y árbol, la representación de un Cristo pecador y mundano. El vello rubio apenas le cubre la cabeza, la barbilla, retoca levemente el hueco de su pecho, desciende en una filita hormigueante hasta el abdomen, casi no se reproduce más en las piernas que en los brazos. La Boca de Oro lo remira, tiembla de nervios ante el contacto, sopesa el juego que venga a darle ese carajo erecto que se balancea entre las piernas, no puede evitar dejar por un momento de fijarse en la marca roja que tizna la frente, la señal en forma de mano, el costurón que simula un tronco de árbol. Presta a la posesión, la furcia contrae los muslos, expande el cuerpo, resiste como puede la avalancha fibrosa que acude a su ataque. El hombre la posee con sabiduría antigua, con indiferencia y asco. Su cuerpo nudoso es un cadáver frío. La Boca de Oro le siente divagar por sus entrañas, blanco y helado, duro, una lágrima de algo indefinible le resbala como una cicatriz por el ojo izquierdo. Pierde el sentido, llora, olvida la resistencia, ni se le ocurre ni sabe colaborar a que la usen, todo lo que atina a ver es la bombilla del techo, siente los músculos abrírsele, arde bajo la presión de la marca de la frente. Si de pronto todo ha terminado o el delirio la ha hecho transportarse a un mal sueño es algo que la furcia, en los pocos minutos de vida que le quedan, no va ser ya capaz de discernir. Dolorida y confusa, en el umbral del miedo, la Boca de Oro descubre que el hombre ya ha dejado de hacerle mella. Lo busca por la habitación, desenfocada la vista, lastimados los muslos. En la ventana, la niebla roe el cristal. La habitación huele a tabaco. Él me castigó, ruge una voz. Por su venganza nunca encontraré la paz. Debe ser, ay, tan linda la muerte. La Boca de Oro, el corazón en un puño, piensa y no se equivoca que su comprador está borracho. Voltea los ojos para llamarle la atención, hartita de lidiar con esta canción todas las noches, y aunque contempla al hombre a dos metros a su izquierda, el miedo atrapa su mirada en el espejo, allí la ata, clava al cristal con fuerza sus pupilas, sujeta con clavos ardientes el horrible espectáculo que en él hay reflejado. Mira al hombre, cansado y desnudo, y le parece normal. Vuelve al espejo, se frota los ojos, no puede evitar decir qué coño es esto. El hombre bebe más, se lleva la petaca a la garganta, como en trance, y La Boca de Oro se distrae viendo cómo una mancha marrón le va bajando por el pecho, lo está empapando, igual que al otro lado del cristal la mancha se repite, con un trazo de líquido inconfundible. El coñac que se derrama es lo mismo en las dos partes. El hombre es distinto. La Boca de Oro se lleva el puño a la garganta, reprime un

sollozo, no puede sacar los ojos del cristal. En la habitación el hombre es rubio, lampiño, desnudo, borracho. Dentro del cristal hay un anciano, una caricatura, un puro monstruo. No es el mismo cuerpo joven que mal alumbra la bombilla que colgó ayer mismo, sino un viejo, una arruga con dos piernas y dos brazos, una capa de decrepitud que se ha formado en los cimientos podridos de otra capa, pliegue sobre pliegue, año sobre año. La Boca de Oro gime, recuerda que no ha fumado nada raro, hace ya seis meses largos que ni se pica ni se lo esnifa, pero el hombre dentro del marco continúa estando allí. Encorvado, antiguo, pervertido, los hombros hundidos, el pelo blanco y lacio, los ojos como dos llamas de sangre, los muslos flácidos, toda la edad del mundo talada en la carne, cada arruga es el surco de un antiguo pecado. No podría jurar que fuera el mismo que aún se soba sus partes y busca el pantalón y los zapatos. Este es joven, y aunque raro, es normal, menos la marca de la frente, menos el tatuaje extraño, menos la cicatriz, el costurón que tiene el capricho de parecer un árbol. En el espejo hay un ser torcido, deforme, definitivamente arcaico, más viejo que la misma edad, completamente ajeno en su aspecto imposible, menos la marca en la frente, menos el mismo tatuaje extraño, menos la cicatriz, el costurón que también tiene el capricho de parecer el mismísimo tronco de árbol. Cuando el hombre de la habitación mueve una mano, el viejo de dentro del cristal repite el gesto. Y la Boca de Oro se contempla a sí misma en el espejo, desnuda y espantada, los pechos fofos, manchada de semen púrpura, revuelto el pelo, los ojos desencajados y los labios blancos. El me castigó, dice la voz, y la boca de dentro del cristal se mueve y habla. Por lo que hice me negó la muerte. ¿Qué culpa tengo yo si fui el primero? ¿Cómo iba a saberlo entonces? ¿Hasta cuándo voy a tener que purgar mi pecado? La Boca de Oro se arrastra como sonámbula hacia el borde de la cama, no entiende nada, nota cómo los pezones se le vuelven dos guijarros por el peso del miedo. Yo se lo dije, continúa el verdugo. Cuando me desterró y me maldijo, dije que no podría soportarlo. Está en la Biblia, ¿sabes? ¿Lo recuerdas? La Boca de Oro advierte que es a ella a quien el hombre habla, menea la cabeza e inicia un paso atrás, se enreda en el amasijo humedecido de las sábanas. El hombre avanza. Génesis,

cuatro, recita lentamente su comprador. Versículo catorce, me parece. Hace mucho que no leo panfletos, pero lo sé de memoria. Dijo Caín a Yavé: Demasiado grande es mi castigo para soportarlo. Eso le dije. Y no me hizo caso. Puesto que me arrojas hoy de la tierra cultivable, oculto a tu rostro habré de andar oculto y errante por la tierra, me atreví a acusarle, y cualquiera que me encuentre me matará. Pero Yavé me dijo: Si alguien matare a Caín, será siete veces vengado. Puso pues, Yavé a Caín una señal, esta que ves, para que nadie que le encontrara le hiriera. Caín, alejándose de la presencia de Yavé, habitó la región de Nod, al este de Edén. Lo recuerdo bien, dice, ya ves. Yo mismo lo dicté al escriba. La Boca de Oro ve que el hombre le sonríe, hay burla y dolor en sus ojos cortantes como una segueta, no puede dejar de reconocer la mirada repetida que le vomita el monstruo del espejo. Me marcó, continúa Caín, borracho, vencido, lastimado, anciano. Con sus dedos me dejó esta seña, repite el asesino, ebrio, derrotado, herido, joven, vivo. Me condenó. Me condenó de la misma manera que yo condené a mi hermano a la muerte. Me condenó a vivir, estalla, gime, explota, llora. Me condenó a pasar año tras año, siglo tras siglo, era tras era con esta apariencia, sin ascender a otro ciclo ni bajar a los infiernos que sé que existen. Me condenó con este sello en la frente, y no he muerto ni moriré jamás. Soy un reo de la vida, añade. Esta marca no me deja morir, afirma. Soy viejo como la humanidad, sonríe. Soy antiguo como el hombre y no puedo morir, gesticula, esa es la burla. Si supieras con cuánto gusto cambiaría mi horrible inmortalidad por el frío vacío de la tumba… pero nadie viene y descarga en mí su furia, recrimina. Jamás ha caído sobre mí el alivio de un brazo justiciero, desearía. La Boca de Oro asiente, pero no le escucha. El miedo la tiene presa con más saña que el peor de los maderos que de tarde en cuando aparecen para hacerle la vida imposible. Todo lo que quiere es despertar, desaparecer, borrarse de ese sitio, saberse ajena de este hombre que es su pesadilla. La niebla ríe al otro lado de la puerta, tira de los pestillos, se balancea en los cordeles y muerde el cristal con un beso malvado. Se hace tarde, susurra. Apura el tiempo, vamos, que la noche se termina. La Boca de Oro encuentra su mirada con los ojos que florecen por debajo del sabañón en forma de árbol, se ve atrapada en el interior de las pupilas, tiembla de nerviosismo, se frota el pelo, y siente el frío rayarle la base de los huesos, no consigue apartar las pestañas de esa marca, reconoce inmediatamente la verdad de la maldición en la penumbra, y recuerda la escena que nunca ha visto y que el hombre experimenta ya un millón de veces repetida, y se nota en la piel del guerrillero, del legionario, el escita, el bucanero, el hoplita, de todos los policías y bandidos que han tenido a un tiro de piedra la carne

ajada y transparente, camuflada, de este hombre, y como ellos no puede evitar echar mano alrededor, y llena de furia y asco y odio y miedo abre el cajón de la cómoda y revuelve entre las bragas y los trapos, aparta una botella, temblorosa, saca un cuchillo gastado, estrecho, feo, oxidado, le baila la hoja sucia entre las manos, quiere ser la espada justiciera, apagar esa llama, talar de una vez el tronco de ese árbol, siente vómitos, se le arrugan las cejas, alza la mano y ve que la sombra se le estira en la pared, y al hombre desnudo, doblemente arrodillado, en el suelo y el espejo, postrado, tembloroso, ardiendo de ansiedad, si tal vez fuera, si acabara aquí el camino, si de verdad quisiera Dios que encontrara en este sitio de una vez por todas y para siempre el descanso de la muerte. La Boca de Oro avanza y tiembla, gime, resbala, duda de la realidad de lo que hace, no se le ocurre ver que todo es simplemente una mentira, vuelve a clavar la vista en esa frente, roza con la imaginación la punta de las ramas, y mientras Caín espera la anulación y la victoria la Boca de Oro vive la desazón que hasta el hoplita, el legionario, el guerrillero, el bandido, el corsario, el torturador, el policía vieron en su momento cuando les tocó su hora, y conoce que el hombre es intocable, que siete veces siete su maldición le caerá encima si no fuera a convertirse en lo que es él, y como hicieron en su época el iliota, el macedonio, el turco, el griego, el coracero, el escita, desvía el golpe, busca otra víctima, no consigue repeler el poder que hay en la marca, jamás podrá ella ni nadie eludir los temores que despierta en los cerebros el tatuaje de ese árbol y lo que anuncia en su carbón de pesadilla. Postrado, humillado, tembloroso, viejo, enorme, torpe, sabio, Cain se levanta y se busca la cara en el espejo, y la nota allí, y hasta sonríe en su tristeza, una vez más, igual que siempre, desea llamar a gritos a la muerte pero ha aprendido a morderse los labios. Sabe que está maldito y vivir es su castigo, hasta que el placer se ha vuelto escarnio, hasta que la vida no se ha hecho sino una caricatura. Ha vivido ya tanto y duele de tal forma la vida… No experimenta ya sorpresa, la sensación de descubrir que todo se repite no le hace mella, ni le atosiga. Lentamente se coloca los zapatos, el pantalón, la pelliza. Abre la puerta y sale del mal cuarto, y despacio recorre los escalones, y se diluye en la niebla, de donde ha salido, cansado igual que de costumbre, espantosamente anciano, lastimado, tosco, vivo. Deja detrás la historia que fue siempre, la mujer envuelta en el charco de sangre, el cuchillo oxidado en la garganta que ella misma ha desgarrado, la ropa sucia, el pelo en desorden, rota a pedazos, a salvo para siempre de la vida. Echa andar Calle San Juan abajo, desolado, mártir, frío, enfermo de inmortalidad, rodeado por la bruma que es su llanto, su compañía, y no puede evitar, mientras regresa al mar de donde vino, un

recuerdo cándido hacia la mujer ya muerta, abandonada, y reprime un ligero escalofrío sin control, un atisbo de pasión, o lo que sea, un retazo de algo muy parecido a la envidia.

Grande y lento

Leonardo Diamonte

Leonardo vive en Capital Federal, tiene 22 años y es soltero. Cursa Ingeniería Electrónica en la UTN-FRBA. Sus autores preferidos son Isaac Asimov, Mario Vargas Llosa y Arthur C. Clarke. Este cuento es su primer vuelo.

1

Quién tenía la culpa de lo sucedido, Welset no lo sabía. Lo que sí sabía es que si tuviera enfrente al individuo, este no viviría mucho tiempo. Así estaba Welset, frenético, fuera de sí. ¿Se podía esperar otra cosa?

¿Quién se había encargado de supervisar el recorrido definitivo? ¿Fue Simons o su fiel colaborador Fedenlaski? En la mente de Welset todo era torbellinos y confusión.

La situación bien se podría describir así: la nave que es el coche de Welset va a máxima velocidad sobre una impecable autopista. La curva ya está próxima. Ya sobre su huella aparece allí, imperturbable, una inocente mancha de aceite. ¿Frenar, esquivarla? Imposible: ya está sobre ella.

De nada sirve darle vueltas al asunto: en el espacio no hay lugar para pequeños errores, y de haberlos, habrá que pagar un alto precio por ellos.

Quizá nadie tenía la culpa. Todo podía ser el producto de su increíble mala suerte. Sea como fuere, la cuestión estaba fuera de su alcance. El planetoide y su recarga de combustible vital quedarían atrás. Definitivamente. Sería imposible frenar y volver a casa. El resto de combustible sólo permitía frenar. Sólo frenar y donde sea que frenara tendría que haber agua para volver.

Se esforzaba por encontrar soluciones que caían alternativamente una tras otra en saco roto. No sólo el combustible era un impedimento, también lo era la resistencia y capacidades físicas de la nave y las suyas propias.

Llegó a considerar orbitar una estrella cercana que amenazaría con fundir el casco de la nave, por un lado; y por el otro hacerle sentir temperaturas extremas por un considerable tiempo. Tuvo que desechar la posibilidad. Si la nave no se fundía y él no moría, tampoco quedaría mucho de sí.

El planetoide pasó y Welset lo vio pasar. Como un caminante

sediento por el desierto ve desdibujarse el ilusorio oasis por toneladas de arena. Pero el planetoide no se evaporó. Seguía tal y cual era, cerca, inalcanzable.

Ante su impotencia, furia y descontento, Welset se aproximó al cubículo sómnico, se conectó los electrodos e interfaces y activó el programa psicoanalítico. Llegó a sentir una breve correntada y el olor al gas somnífero antes de caer en un profundo sueño.

2

Welset salió del cubículo sómnico algo frustrado pero nada comparable a su anterior estado anímico. 'Es increíble lo que puede lograr una máquina' sentenció en referencia al programa psicoanalítico de la computadora que había estado trabajando meticulosamente su inconsciente.

En realidad Welset se subestimaba. Si estaba mejor sólo se lo debía a su carácter y, en parte, claro, a la ayuda del programa.

Quienes enviaban la gente al espacio cuidaban mucho a quién ponían. Los tripulantes debían tener la suficiente sangre fría para no inmutarse frente a situaciones anómalas y de riesgo. Sobre todo si iban solos como era el caso de Welset.

Contaba ahora con un loco plan, aunque quizá el único posible: introducir saltos hiperespaciales en busca de cuerpos con agua. No constituía la salvación, pero era mejor que sentarse a esperar que la nave se convirtiera en un sofisticado féretro celeste. Después de todo la sustancia agua no era algo tan infrecuente en el universo.

¡Pensar que con un pequeño salto hacia atrás lo resolvería todo! Simplemente estaría por delante nuevamente del planetoide con el tiempo necesario para frenar. Sólo que ese salto hacia atrás le resultaría imposible de realizar.

Sucede que el salto hiperespacial con el que contaba Welset era prácticamente unidireccional. La teoría en que se basaba aprovechaba el campo gravitatorio más cercano para saltar en referencia a este.

Así, la cantidad de movimiento de la nave relativa a la estrella del planetoide —que era el astro que mayor influencia gravitatoria ejercía donde estaba ubicada la nave— constituía una flecha que sólo podía alejarlo del planetoide y, por su puesto, de dicha estrella.

En realidad la flecha podía moverse ligeramente un arco esférico —gracias a la influencia de gravitatoria de algún otro astro, en este caso el planetoide— y así podría alcanzar otras estrellas para

explorarlas en busca de combustible.

Así pues, puso manos a la obra y con cierta vacilación hizo el primer salto. Ahora estaba en otro lugar del espacio. Su casa, sus amigos e inclusive el infame planetoide quedaban una importante distancia atrás.

Saber que si tuviese éxito en encontrar agua, le permitiría revertir el camino, era algo que no contribuía en mucho a su tranquilidad. Tal vez porque si iba a morir hubiese preferido hacerlo en el espacio cercano y conocido.

No permitió que la nostalgia lo invadiera y comenzó, sin más demora, a escudriñar cada porción de su entorno en busca del precioso material. Tardó mucho en decidir que no había o que había y no era apta, alcanzable o suficiente.

Tuvo que decidir un nuevo salto y en una nueva vacilación lo ejecutó. Entonces no sabía que no mucho más tarde lo haría sin apenas darse cuenta.

3

Cuántos saltos llevaba hechos y qué tan lejos se hallaba de casa era algo que Welset desconocía y sentía ajeno. La ruta estaba archivada en la computadora. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo en la nave? Welset no sabía nada. Sólo era un autómata que repetía siempre la misma secuencia. No se tomaba el trabajo siquiera de pensar lo que hacía. En la nave había dos computadoras, la de abordo y otra llamada Welset. Eran socios. Él mismo así se lo había organizado.

'¿Cuánto dista la próxima estrella?' Welset lo calculaba. Miraba de vuelta la lista: 'introducir el salto'. '¿Estás cerca de la estrella?' Welset miraba por el visor, sí, allí había otra estrella, igual o distinta a tantas que vio. Tal vez era distinta. En todo caso para él eran iguales o no importaba. Él no se detenía a pensarlo. Lista: '¿hay agua?'. Ni siquiera se registraron asteroides o cometas. Welset siguió la flecha que decía 'No'. '¿Cuánto dista la próxima estrella?'…

El tiempo transcurría y para nada gratuitamente. El sistema reciclador necesitaba materia prima nueva. Apenas si cambiaba las características de lo que Welset deponía de su cuerpo. Pero eso no era todo. La nave con sus saltos incluidos gastaba combustible marginalmente si se considera un espacio corto de tiempo.

Welset se permitió por una vez volver a pensar. '¿Moriré primero por falta de combustible o por enfermarme?' Lo estuvo dando vueltas y concluyó que era lo segundo: quedaría algo en los tanques cuando diera el último suspiro.

4

Welset estaba acabado. Apenas si se incorporaba una que otra vez con lo que consideraba lo último de sus fuerzas para ponerse en pie e introducir un salto nuevo. Cuando llegó a aquella estrella que tenía un soberbio sistema planetario, apenas si lo notó. O sí lo notó, porque registrar si había agua en cada uno de esos globos le consumía lo que él consideraba por enésima vez lo último que quedaba de sus fuerzas. Por eso maldijo a la estrella y a sus nueve ingentes pobladores.

Orientó los instrumentos a uno de ellos y nada, probó con otro y encontró agua. Se extrañó siguiendo la flecha de la lista que decía ‘Sí’. Aún en medio de su embotamiento le parecía que había algo novedoso en aquello. Al término de la flecha había escrito una interjección alegre —similar a aleluya. Sólo entonces lo comprendió.

Apenas alcanzó a darle instrucciones a la nave y cayó pesadamente al piso. En el instante de caída tuvo una certeza: había ganado, sólo que no viviría para contarlo.

5

¿Dónde se hallaba? Una puerta conducía evidentemente hacia el exterior y estaba abierta. Sintió una necesidad imperiosa de escapar de allí donde se encontraba.

Qué lo impulsaba, no lo sabía. Se incorporó bruscamente del suelo y franqueó la escotilla precipitadamente sin apenas notar los intensos dolores corporales y la fantasmal imagen rendida a sus pies.

Sin embargo no pudo avanzar mucho más allá del fin de la rampa. No sentía mareos pero, aún así sentía que iba a caer de un momento a otro e instintivamente no dejó de aferrar la baranda en ningún momento.

Welset alzó la vista al tiempo que sintió su alma congelarse en un suspiro. El cuadro que tenía enfrente no podía ser más irreal. Se creyó por unos momentos dentro de una pintura impresionista donde los rasgos finos se dejan de lado para conformar sugerentes imágenes.

Sólo tenía la vaga sensación de que su situación tenía algo que ver con la estructura familiar de la cual seguía aferrado. Welset intentaba destrabar ese conocimiento, pero el paisaje lo hipnotizaba en forma creciente.

El firmamento tenía un extraño color celeste que perdía su fuerza con el paso del tiempo. El suelo donde pisaba tenía rasgos

amarronados que daban paso a un claro dominado por una pátina aceitosa. La fabulesca imagen quedaba rematada por delante con extraños y pintorescos mástiles que soportaban un difuminado pastel verdiamarillento sobre sus cabezas.

Mientras caía una espesa y húmeda oscuridad, por primera vez escuchó Welset la insistente frase que se repetía una vez más detrás de él con una voz metálica y desprovista de vida: 'Para salir al exterior, favor de ponerse traje de seguridad'.

Welset necesitaba pensar y aquella voz en nada contribuía. Sin dejar de sostenerse rodeó la estructura escapando a su arco de acción, ubicándose por detrás de ella. Cerró los párpados intentando está vez que las imágenes hipnóticas no lo narcoticen. Quizá lo hubiera ayudado mirar el cielo tachonado de estrellas para recordarle su verdadero origen, pero él sólo estaba concentrado en el intento de ordenar el desparramado rompecabezas que tenía en mente.

Cuando abrió los ojos vio esfumarse la bruma ante sí para dar paso a la claridad de un día. Su mente actuó de igual manera y pudo contestarle el intríngulis esencial del asunto: 'Soy un cosmonauta', le explicó.

La cordura se iba aposentando de a poco en Welset dando soluciones a más y más preguntas. 'Me estaba muriendo', recordó y esto ordenó el resto.

Todo cobraba sentido ahora: había sido tal su convencimiento de que moría que no pudo afrontar la realidad al despertar. No se hallaba en el lugar que había vislumbrado para descender. Recordaba que se trataba de un satélite de un gigante gaseoso que tenía una corteza de hielo firme desprovista de atmósfera. Era lo mejor que se podía encontrar. Sin embargo la nave lo desobedeció, porque se hallaba allí, envuelto en ese lugar de sueños.

Evidentemente su enfermedad era debida a la atmósfera venenosa dentro de la nave y ese lugar ¾sea lo que sea¾ tenía atmósfera respirable. La nave ¾o sea la computadora de abordo¾ lo supo y allí descendió. Por este motivo la esclusa estaba abierta de par en par y por ello él retenía aún su vida.

6

Sufaia fue la primera en despertarse; era costumbre para ella dado que el clan le había asignado implícitamente ese papel de líder que daba privilegios, pero también obligaciones, y ella por su parte se había adaptado bien a ello.

Pero había otra razón y era el hambre. Desde hace tiempo no daban con alguna manada de mamuts o de algún otro animal para cazar. Estaban sobreviviendo con escasos frutos, granos, tallos e insectos que podían recolectar por los alrededores de la pequeña caverna donde se encontraban. La Sequía estaba causando estragos.

Sufaia había sobrevivido muchas veces a la experiencia del agotamiento de la comida y otras tantas a los ataques de tigres. Sabía que si movilizaba al clan agotaría las últimas fuerzas, incluso corriendo el riesgo de que la dejaran en el camino. Sufaia había estado cavilando todo el día anterior, pero esa mañana tomó una decisión repentina. Dirigiría la tribu allá donde los hombres habían dicho que una noche de luna apareció el Gran Trueno. Lo haría a pesar de saber que aquella era la dirección donde la sequía era más intensa. Por eso habría menos posibilidades de encontrar una manada. Pero, y esto era fundamental, ella también había escuchado el Ruido.

Fue un ruido extraño y fuerte. También había arrojado luz y, por ello, lo compararon con un trueno. Y aunque Sufaia no tenía especiales conocimientos en meteorología, sabía por propia experiencia que si había truenos, debía haber lluvia o, cuando menos, un cielo cubierto y no una noche de luna y estrellas. Que no había habido una sola nube en ese pedazo del firmamento aquel día era un dato que a Sufaia no se le escapaba. Hacía días que venía contemplándolo esperando una respuesta de los Cielos a la Sequía.

Muchos de los hombres habían reaccionado con miedo instintivo aquella noche y Sufaia, que era demasiado vieja para tener miedo a nada, interpretó el Gran Trueno, si no como la respuesta de los Cielos que estaba esperando, sí como una señal.

Por eso despertó a los hombres fuertes e hizo los gestos necesarios para empezar a movilizarlos y cuando se aseguró la atención de un grupo importante, agregó verbalmente sólo una vez:

—Al Gran Trueno.

7

Su regreso a casa dependía de encontrar agua, pero eso no lo inquietó en lo más mínimo. Si podía respirar la atmósfera autóctona quería decir que había oxígeno en ella. Y si había oxígeno tendría que haber agua en el planeta de una forma u otra, salvo que la química del lugar fuera muy excepcional.

Lo que creyó ser un mareo inicialmente no era más que extraños movimientos atmosféricos que lo empujaban sin cesar en uno u otro sentido. Generalmente el movimiento empujaba de un

costado y Welset podía inclinarse levemente para compensar el efecto de empuje, pero eso resultaba peligroso porque el movimiento podía virar repentinamente y empujarlo en sentido contrario. Así estuvo a punto de derrumbarse más de una vez, si no fuera que estaba aferrado firmemente.

A la por demás extraña situación se le sumaba las enloquecedoras revoluciones del planeta en torno a su sol. Este salía por el este y se escondía en el oeste en lo que a Welset se le antojaba como un chasquear de dedos.

Welset llegó a la conclusión de que era la suma de estos factores lo que le proporcionaban la extrañeza al lugar. El frenetismo atmosférico daba a todo un movimiento que lo transformaba en borroso, por un lado, mientras que el veloz movimiento del planeta en torno a su estrella le daba un cambio de luz continuo a las cosas.

Ahora que entendía le encontraba sentido a lo que veía. Por ejemplo esas columnas que tenían un marrón-amarillo difuminado en la cima. Se trataba de árboles, cuyas copas se movían al ritmo marcado en el ambiente.

Una expresión de felicidad se dibujó en el semblante de Welset. Había oxígeno y había vegetación. La excepción química quedó descartada: allí había agua.

Ahora caía en la cuenta de que no tenía idea de cuantos días de aquel lugar llevaba allí fuera de la nave en el relativo poco tiempo que duraron sus vacilaciones.

No sabía cuál era el paso a seguir, pero se convenció repentinamente que debía ponerse el traje. Si bien el traje protector de vacío sería un estorbo para sus movimientos, contaba con algo inapreciable. Un visor fotográfico que le permitiría ver imágenes fijas y así poder entender las cosas que con el frenético movimiento se le escapaban.

Comenzó a rodear nuevamente el vehículo espacial en busca de la rampa de subida…

8

Si alguien le hubiese preguntado a Sufaia qué era lo máximo que esperaba de la señal del Gran Trueno, sin duda ella hubiese contestado que un lago rodeado de árboles y con alguna manada retozando en el agua.

Pero aquello… Aquello excedía su capacidad de asombro. A medida que se fueron acercando vislumbraron lo que parecía una roca de forma muy extraña. Cuando lo tuvieron cerca no daban

crédito a sus ojos. Se trataba de una especie de monumento, gigante, descomunal, como Sufaia nunca había visto en toda su larga vida. Toda la tribu miraba desconcertada a Sufaia como diciéndole '¿Con qué se come?'.

Acabados y desconcertados colocaron tiendas a prudente distancia del monumento. Durante el resto del día no hubo mucho que hacer y, a pesar de que no hacían otra cosa que mirar aquello, sólo al fin del día notaron que una parte del monumento se escindía por detrás y tomaba una forma independiente. Pero no pudieron prestar mucha más atención porque aquella noche comenzó a caer una leve pero firme llovizna.

La tribu trabajó concienzudamente en la recolección de agua. Seguidamente por la mañana pasó una manada que podía ser de ciervos (Sufaia no estaba segura ya que comió ávidamente, prácticamente sin degustar, los escasos trozos que le llevaron) de la que se alzaron algunas presas flacas. Si bien esto no acabó con el hambre, arrojó algo de fuerzas y esperanza.

Cuando el jolgorio posterior se apaciguó, cundió el pánico. Aquella parte que definitivamente se escindió del monumento era algo parecido a un animal enorme que nunca habían visto.

Que se trataba de un animal era indudable porque, aunque nunca antes habían visto uno de su tipo, tenía ojos y musculatura. Y se acercaba muy lentamente recordando el avance de un tigre en ataque. Por eso los hombres, asustados, querían marcharse cuanto antes.

Pero Sufaia no quería hacerlo. En primer lugar porque la señal había demostrado su buena fortuna. Y en segundo lugar porque conocía el ataque de un tigre.

Estos avanzan sigilosamente, es cierto, pero hasta que uno los descubre. Cuando eso ocurre el tigre se lanza de lleno corriendo a toda velocidad tras su presa. Si una vez descubierto el tigre éste permanece estático o avanza tan lentamente como antes, es porque está indeciso.

Eso ocurría a menudo cuando un tigre enfrentaba solo a un grupo numeroso o a todo una tribu. Entonces sus posibilidades de éxito eran inferiores, especialmente cuando se trataba de hombres, quienes se armaban de piedras, palos, garrotes y huesos afilados con los cuales defenderse.

Entonces empezaba el verdadero combate con el tigre. Invariablemente gruñía, mostrando los dientes y arañando al aire. A veces avanzaba rápidamente dando algún zarpazo certero que dejaba a alguno fuera de combate.

La mejor suerte para el tigre podía ser que algún joven inexperto se echara a correr del miedo, como ocurría muchas veces y entonces el tigre dejaba de dudar y se lanzaba tras su presa fácil. Si no, terminaba ocurriendo que en uno de sus acercamientos recibiera un piedrazo o algún garrotazo que lo dañara. Entonces el tigre se quedaba amenazando un rato, sin verdaderas intenciones, mirando a aquel ridículo grupo que lo había vencido, y finalmente se alejaba.

Por eso Sufaia se mostró firme. Si retrocedían tendría que ser a algún refugio y se encontraban en medio de un descampado.

Así que se quedaron contemplando aquella extraña criatura sin saber que esta vez el tigre eran ellos.

9

No llegó a dar más que algunos pasos, cuando se vio sorprendido por una espesa cortina de agua. No duro mucho pero sirvió para evacuar las dudas que aún llevaba respecto del agua.

Empezó, entonces, a maquinar ingeniosas formas de aprovechar el importante caudal que sin duda volvería a caer desde el cielo. Ya frente a la rampa de acceso notó algo en el claro que antes no había visto.

No dejaba de llamarle la atención el singular paisaje, pero no fue esto lo que lo detuvo esta vez. En la imagen que tenía grabada a fuego no figuraba aquello.

Se trataba de unas estructuras pequeñas triangulares que se proyectaban algunos metros, tal como si uno doblara una tela por la mitad en un cierto ángulo y la mantuviese así apoyada contra el suelo. No tardó mucho en darse cuenta de que bien podía cumplir la función de techo a algún animal que sin duda sería muy inteligente.

Pero Welset no alcanzaba a distinguir ningún rastro de estos. Se acuclilló para observar al ras del suelo y notó algo extraño allí en torno a aquellas estructuras. Algo así como un remolino color marrón, que aparentemente había estado allí todo el tiempo pero que él recién ahora divisaba por el contraste con el cielo celeste. Mientras se levantaba divisó por un instante una figura en medio de aquel remolino que luego se esfumó. Decidió subir la rampa lo más rápido posible para ponerse su traje protector, como si hubiese adivinado lo que estaba por ocurrir.

Luego todo sucedió muy rápido. No había alcanzado a darse vuelta y sintió los primeros dolores y al instante se encontró derrumbado en el piso sin posibilidad de hacer nada. Su última sensación fue el recuerdo de aquella figura fugaz en medio del

remolino casi imperceptible que lo había observado como condenándolo.

10

Pasó poco más de un día y la criatura se movía lentamente, de forma muy torpe. Aunque la tribu había pasado el día contemplando aquella bestia, nadie le podía sostener la mirada. Movía muy lentamente los ojos (como también el resto de su cuerpo) y cuando miraba a alguien, éste se apresuraba a correrse seguro de que tardaría en seguirlo con la mirada.

Sólo mientras la criatura se levantaba miró hacia donde se hallaba Sufaia y ella no se corrió. Era lo que ella estaba esperando; se quedó sentada allí mirando por un tiempo considerable directamente a los ojos de la criatura y se identificó con ella. Es decir, la criatura no era humana, pero podía tratarse de algo así como su especie hermana. Sufaia lo sentía así aunque, claro, no pudiese expresarlo en esos términos.

Entonces Sufaia decidió encarar a aquellos hombres que habían pasado del pánico inicial, luego a la curiosidad, y por último a la sed de cazar lo que parecía ser una presa muy fácil dado sus movimientos anormalmente toscos y lo demostraban agitando en el aire sus garrotes y huesos afilados. Entonces ya era demasiado tarde. El hambre generalizado y la presa fácil delante de ellos pudo más que su autoridad.

La criatura fue atacada y se mostró tan lenta como antes, ni siquiera hizo un gesto de defensa y calló en poco tiempo aniquilada por los despiadados garrotazos. Sufaia recordó entonces desagradablemente aquellos cruces con esas tribus antropófagas que comían por igual a los caídos de la tribu rival como a sus propios compañeros muertos.

Tal fue la sensación que no pudo probar de aquella carne que de cualquier forma, según lo que veía en los rostros, sabía a mil demonios. Luego, a pesar del gusto de la carne, la tribu pareció dispuesta a retirarse con las renovadas fuerzas que proporcionó la suculenta comilona.

Sufaia sintió que la fuerte impresión potenciaba la desnutrición y el hambre que arrastraba desde hace tiempo. Incluso se sentía más vieja que nunca.

La tribu, por su parte, se retiró por el mismo camino por donde dos días atrás habían venido, como si el único sentido de la visita al desolado lugar fuera terminar con la criatura del monumento.

11

Pasaron pocas horas antes de que llegaran los primeros animales carroñeros y aves de rapiña para empezar con el festín del inmenso cuerpo caído, a cuya carne se le venía a sumar la de la propia Sufaia, quien ya sentía en sus oídos aquel suave rumor del pesado sueño que es la muerte.

Un cuervo se alejó del cuerpo del gigante y se acercó a la mujer recostada en el suelo. Notó el frío que envolvía a aquel cuerpo y probó su primer picotazo cuyo sabor, sí, le resultaba agradable y más familiar.

Aves Raras: Aníbal Gómez de la Fuente

José Altamirano

AVES RARAS VII

ANIBAL GOMEZ DE LA FUENTE

Según José

Diciembre y Enero son meses caóticos para las aves raras que anidamos en Axxón. Las fiestas (con el agregado de empezar a vivir el mítico año 2000) y el comienzo del período de vacaciones, ralean la formación de la bandada y a veces la reducen a su mínima expresión.

Meses caóticos también para el taller literario de los viernes. En Diciembre se fueron de vacaciones Eduardo J. Carletti y su esposa Gladys. Y si bien extrañamos a Eduardo, como corresponde extrañar a quién consideramos líder indiscutido de la bandada, más extrañamos a Gladys, nuestro ángel tutelar. (Van ya unas cuantas sesiones en las que nuestra comida de los viernes se reduce a la ingesta de chizitos, maníes, papas fritas, gaseosas y cerveza, con el ocasional agregado de algún salamín sobreviviente de alguna picada anterior o un pedazo de queso rancio.)

Así las cosas, uno de aquellos viernes de Diciembre, tras desmenuzar concienzudamente un buen cuento de Alejandro Alonso sin escatimo alguno de críticas y sugerencias (nos ponemos muy en guachos cuando llenamos el estómago con ese tipo de alimentos), la reunión cayó en un pozo donde el boludeo empezaba a transitar caminos trillados.

En un intento de salvar la reunión, se destacaron exploradores a una caótica región del departamento de Aníbal, por él llamada cocina, a la busca de alguna pócima energizante. Dos horas más tarde, cuando cundía la preocupación y ya se hablaba de enviar un segundo lote de exploradores en busca del primero, los vimos regresar trayendo en triunfo una botella conteniendo un cuarto del exquisito y casero —y demoledor además— licor de limón destilado por la sabiduría y buena mano de Gladys. Con acuerdo unánime de los reunidos,

decidimos beberlo en aras de la nostalgia que sentíamos en ese momento por su hacedora

El “lemoncello” permitió que el taller se encendiera por un momento con nuevos bríos; pero a la larga, libadas que fueron las últimas gotas del elixir, la conversación comenzó otra vez a languidecer. Buen momento —decidí— para grabar un nuevo capítulo de la sección.

—Aníbal —anuncié con voz que me hubiera gustado sonara más recia y menos pastosa—. Hoy el aves raras te toca a vos.

—No quiero —dijo el director de Axxón cruzando los brazos sobre el pecho en actitud que él suponía de irreductible firmeza.

Traté de armarme de paciencia y le pregunté con dulzura:

—¿Por qué no querés, Anibalito?

—Ya di mis razones en la editorial del número anterior.

—Permitíme cuestionar esas razones; ya vas a ver cómo hablando nos vamos a entender.

—Lo mismo no voy a querer —dijo, empacándose como un niño que se niega a tomar la sopa. Suspiré; la situación amenazaba con desembocar en un punto muerto. Apelé a aguijonear su orgullo.

—No seas infantil; qué van a decir los lectores de vos. Otros ya lo hicieron…

—Y así les fue.

—¿Cómo les fue?

—Mirá —dijo encarándome y enumerando con los dedos:— a Waquero lo rajó la señora cuando se enteró por tu reportaje que los tatuajes de mujeres desnudas en su cuerpo no eran ni los retratos de sus cinco hermanas, ni se los había hecho unos meses antes de que ingresaran como internas a un convento de carmelitas descalzas.

—Bueno… pero en eso yo que…

—Dos —dijo Aníbal inflexible—. Andrés Urtubey tuvo quilombo con la novia cuando la piba encontró abajo de la cama la muñeca inflable de la Mujer Maravilla.

—Pero es que…

—Tres. La semana pasada, el Club de Admiradores de Edgar Allan Poe secuestró a Martín Brunás. Parece que lo engrillaron a un nicho en la pared de un sótano y lo emparedaron. Lo van a soltar cuando se retracte de lo que afirmó sobre el género de terror en tu nota.

—A Contín no le fue tan mal; después del reportaje lo contrataron

en la NASA —alegué en mi defensa.

—¿Te parece? Le hicieron firmar un contrato trucho y lo mandaron a Alfa Centauro en una nave sin computadora. Le dieron un cuaderno y un par de lápices para que programe el vuelo a mano. Si no pifia ningún algoritmo, Rodolfo va a estar de vuelta por aquí recién dentro de trescientos setenta y dos años, cinco meses y doce días.

Estaba visto que con Aníbal no iban a valer razones, pero el caso es que yo tenía que preparar la sección. Aproveché y, mientras hablaba, me le acerqué por detrás. Antes de que pudiera reaccionar, lo amarré contra el respaldo de la silla utilizando un rollito de cinta scotch que encontré por allí. Alcanzó para dos vueltas, pero como mi víctima está hecho un lamentable estropajo debido a su dieta de soltero (hamburguesas y cerveza) estaba seguro de que no se iba a soltar. De cualquier manera, como se resistía, le pedí ayuda a Alejandro Alonso, que en el interín sacudía sobre la mesa una bolsa de celofán para hacerse de un chizito que había sobrevivido de milagro entre los pliegues.

—No contés con que te ayude —dijo el muy turro masticando con la parsimonia del que sabe que después de ese bocado ya no hay más —. Y si me permitís, quisiera agregar que me parece de muy mal gusto que obligues a alguien a una nota en contra de sus expresos deseos. Además, Aníbal es mi amigo del alma y no puedo menos que oponerme categóricamente a que avasalles de esa manera su inalienable derecho a mantener reserva en asuntos que sólo a él conciernen.

—Tenés mucha razón —dije mientras sentía lágrimas de vergüenza y arrepentimiento rodar por mis mejillas—, lo voy a soltar y te hago la nota a vos.

—Ahora que, pensándolo bien —dio marcha atrás Alejandro, chupando la sal pegada al marcianito de plástico que venía de regalo con las papas fritas—, y observando los hechos desde una óptica imparcial, que deje de lado por el momento mi incondicional amistad con la víctima, opino que Aníbal no es quién para negarse a la nota. Es más, como director de la revista no es siquiera ética su posición negativa. Tomá esta cadena y atale las piernas para que no patalee. ¿Dónde dijiste que guardás la picana?

Bueno, pichón que te reencuentras conmigo en lo que ya me atrevo a afirmar que es nuestra sección. Es necesario que te diga que en lo antedicho cometí un pecadillo de exageración. Un poco, nada más, ya que es verdad que en las aves restantes estoy encontrando una

especie de recalcitrante disposición a no prestarse voluntaria y alegremente a esta serie de notas que retratan a los integrantes de una bandada que —debe ser tu caso también y da por seguro que es el nuestro— encontró el complemento que le faltaba a su existencia en la compañía de sus iguales.

Y de eso trata la explicación que esta vez intenta la nota: que no necesariamente un amante de la ciencia ficción debe ser un solitario con problemas de integración para buscar cobijo en la bandada. No es el caso de Aníbal, por lo pronto. Tampoco es el caso de muchos de nosotros, ya que en el grupo integrante del staff de la revista hay de todo, como en botica.

¿Qué cómo es el retrato físico del director de Axxón? Habrá que describirlo, por si se niega —como ya se han negado otros— a incluir una fotografía suya en la presente nota.

Aníbal Gómez de la Fuente (impresionante y prosápico apelativo ¿verdad?) se acerca a su tercera década de vida. Medirá tal vez 1,75 metros de estatura y es dueño de un físico bien cuidado, aunque por épocas deje asomar algún esbozo de pancita. Rubio y poseedor de un par de ojos celestes de mirar tierno, luce cabellos y barba cuidadosamente descuidados, elementos todos que le confieren un aire de muchachito bueno y desvalido que fatalmente despierta adormecidos instintos maternales en la fauna femenina; al menos, en la parte de aquella desconocedora de sus hábitos depredatorios.

O sea, que Aníbal no podría ser nunca un ser atormentado y solitario aunque se lo propusiera, dicho esto con la envidia debida.

El entrevistado posee estudios de Ingeniería Electrónica, aunque no llegó a recibirse. Por algunos años, Aníbal fue un exitoso comerciante en el rubro computación hasta que descubrió que el ritmo de trabajo desenfrenado en que vivía inmerso (bueno, no sólo en el trabajo se desenfrenaba) lo llevaba indefectiblemente a una crisis de salud. Decidió, con un buen tino que no es fácil de encontrar en un empresario joven, aminorar el ritmo y dedicarse un poco menos al trabajo y un poco más a una pasión que ocultaba cuidadosamente, ya que habría sido desastroso en el frío mundo de los negocios que se filtrara la noticia de que Aníbal Gómez de la Fuente no sólo era un voraz consumidor de literatura de ciencia ficción, sino que en los escasos momentos libres de su frenética vida se atrevía a trasladar al papel (o a la pantalla) extrapolaciones futuristas dictadas por su imaginación.

—Hubo un momento —nos cuenta bajo tormento— en que me moría por hablar de ciencia ficción con alguien. Entonces fue que me decidí a explorar Internet buscando interlocutores. Era mi

segundo intento, ya que en una oportunidad me acerqué al bar de San José 05 donde se reunía el fenecido CACyF. Fue en un mal momento, un momento de peleas internas y el ambiente no me gustó, así que no volví por mucho tiempo al bar.

En Internet encontré a Axxón y, obvio, los datos de su director, Eduardo J. Carletti. Cacé el teléfono, lo llamé, y supe que esa llamada me cambiaría la vida. Hablamos largo y tendido con Eduardo esa primera vez. Tanto, que cuando corté me parecía conocer a Eduardo de toda la vida. Habíamos hablado por espacio de más de dos horas. De libros, de autores, de planes… volví al bar porque tenía un nuevo motivo para hacerlo. Volví por Axxón y no me fui nunca más.

—¿Cómo es que llegaste a la dirección de la revista?

—Debido al "cansancio" de Carletti, Daniel Vázquez fue el director por algunos números. Cuando Vázquez tampoco pudo seguir en la dirección, me ofrecí. Era y soy consciente de mi falta de experiencia como director de una revista, pero no podía permitir que Axxón se nos muriera entre las manos sin hacer un último intento por salvarla. Y bueno… aquí estoy y aquí estaré hasta que Eduardo recupere las fuerzas o las ganas. O hasta que me canse yo, allá por el número 200.

—¿Por qué subrayás lo del cansancio de Carletti?

—No jodás. Todos sabemos que a Eduardo lo pudrió la mala leche de algunos integrantes del CACyF. Pero no vale la pena hablar de eso, ya pasó y hay que mirar para adelante.

—Integrar Axxón es integrar, tarde o temprano, el taller en tu casa.

—El taller es un subproducto de Axxón. Surgió de la necesidad de discutir nuestros trabajos, buscando esencialmente en la opinión de otros escritores los errores de estilo y de construcción en que podemos incurrir cuando trabajamos en soledad. No es verdad que seamos duros con nosotros mismos en el taller, sólo que debemos tener la valentía de reconocer los vicios de nuestra escritura y también el valor para puntualizarlos en el trabajo del otro, aunque ese otro sea un amigo al que no quisiéramos lastimar con nuestra crítica.

—¿Algunos se ofenden con la crítica?

—No creo que alguien se ofenda por la crítica. Podés quedar un poco dolorido si por allí presentás un trabajo que a vos te parece interesante y a cambio recibís el rechazo a veces unánime del resto. Tal vez te retirés del taller dudando de la capacidad de los otros para descubrir la buena idea implícita en tu presentación. Pero el

dolor comienza a amainar cuándo, un par de días más tarde, releés tu cuento y los comentarios que anotaste al margen referidas a las objeciones recibidas. Allí comenzás a pensar que quizás tu trabajo no es la joyita que creías que era, que la mayoría de las objeciones que te hicieron tienen un asidero consistente y que, pensándolo bien, los demás tal vez sean un poquito menos obtusos de cómo los calificaste el viernes. Y para el siguiente viernes, seguro que el dolor se ha transformado en el entusiasmo de la reescritura, del comprender que para hacer algo bien, es necesario deshacer y volver a hacer.

—Deberías hacer referencia a que en el taller no sólo se leen los cuentos de los integrantes.

—Es verdad. Y a veces vemos vídeos documentales o alguna película y después se discute lo visto. Otras veces se proponen temas de ciencia ficción con problemas a resolver y podemos pasar varios viernes inmersos en el problema y sus eventuales soluciones. Esto anduvo muy bien mientras Alejandro Alonso fue el coordinador del taller.

—¿Por qué dejó de serlo?

—Alejandro es un tipo que se toma las cosas muy en serio. Y la mayoría somos bastante indisciplinados… por no usar una definición más explícita.

—¿Qué requisitos hay que cumplir para ser invitado al taller?

—Venir, tan solo. Con buena onda, por supuesto. El cupo se completa cuando la capacidad del departamento diga basta, el bulín no es muy grande que digamos.

—¿Por qué no publicás tus cuentos en Axxón?

—Publiqué uno en el Nº 100 de la revista. Estoy trabajando duro e interviniendo en concursos. La vez que un cuento mío gane aunque sea la última mención, lo voy a publicar en Axxón.

—¿Un mensaje para mi pichón de ave rara?

—Que si le gusta la ciencia ficción y no tiene con quién compartir sus experiencias, que sepa buscar y no se quede con las ganas. En la revista hay una dirección, hay un correo donde se contestan todas las cartas (aunque a veces nos atrasemos) y siempre, en el grupo va a encontrar gente dispuesta a compartir.

No voy a ahondar mucho más en Aníbal. En realidad, en esta nota me he limitado a ilustrar, con fragmentos de diversas charlas mantenidas con una de las más excelentes personas que he tratado en mis muchos años de aficionado, el pensamiento y la forma de

actuar de un buen tipo. Porque si me piden que extracte a Aníbal en un único concepto que defina su mejor virtud y su peor defecto, todo ello cabe en una sola frase: un buen tipo (demasiado, a veces) al que vale la pena conocer y tratar.

Pero esta nota me ha dado pie, pichón de ave rara, para advertirte de un peligro cierto que amenaza tu vuelo, una emboscada falaz que puede llegar a herirte en lo más profundo de tu alma de escritor todavía no hecho a los golpes arteros.

Si vuelves la página (perdón, la pantalla) te encontrarás con Aníbal comentando que volverá a publicar en la revista de la cual es director sólo en el caso de recibir su trabajo algún premio en un concurso.

Debo aclararte que los concursos a los que se refiere Aníbal son exclusivamente aquellos avalados por un organismo o institución de reconocida seriedad.

Es que, lamentablemente, el universo aéreo de las aves raras es surcado también por el equivalente a los buitres que vuelan en el espacio del común de las aves. Esos buitres se alimentan de las ilusiones del escritor novel, atrayéndolos a tramperas cebadas con la atractiva semilla de llamados a concursos (de poesía y cuento corto, generalmente), cuyo premio es la publicación de los trabajos que hayan sido elegidos por un jurado generalmente ignoto.

¿Me permitís ilustrar con un ejemplo lo que te quiero contar?… Vos sabés que me siento más cómodo con la anécdota que con el artículo.

Para desenmascarar a estos buitres, un conocido escritor del CACyF mandó un par de cuentos cortos (de buena factura) a cierto llamado a concurso organizado por una editorial marca langosta. Cumplido el plazo en que se expidiera el jurado, mi amigo recibió la noticia de que había ganado una mención y con ella la participación en una antología con los demás trabajos premiados. Por supuesto, también se lo invitaba a recibir el galardón y a firmar el correspondiente permiso de edición.

El lugar de la cita era una minúscula oficina en un anónimo edificio. Recibió de manos de una secretaria un bonito diploma hecho en computadora, adornado con una cinta de color y tres firmas ilegibles asegurando que Fulano de Tal se había hecho acreedor a una mención. La secretaria le pidió que firmara la autorización para poder publicar el cuento… y una suma de trescientos pesos, los que le serían devueltos en forma de 150 ejemplares de la antología. Muy suelta de cuerpo, la secretaria le hizo notar el pingüe negocio que el premiado haría vendiendo cada ejemplar en la módica suma de $ 5.

Cuatrocientos cincuenta pesos de ganancia sólo con que ciento cincuenta personas (amigos, familiares y compañeros de trabajo) compraran cada uno un ejemplar de la antología.

Mi amigo le contestó que no contaba con la suma requerida, pero que gustoso firmaría la cesión de derechos sin reclamar ganancia alguna, sólo por el placer de ver publicado su cuento. No hace falta que te diga que la "antología" se publicó sin el cuento ganador de la primera mención.

Mas aguarda, que no termina aquí la anécdota. Seis meses más tarde, la misma editorial llama a otro concurso de poesía y cuento corto. Nuestro escritor vuelve a concursar, pero esta vez con un mamarracho indigesto y plagado de faltas de ortografía.

¿Qué crees que pasó?

¡Adivinaste! Ganó una mención y con ella la posibilidad de…

No quiero con esto decir que todos los concursos para escritores noveles sean truchos, pichón. Además, hasta éstos sirven para que practiques y pulas tu escritura. Pero si recibes un premio y te piden después algún dinerillo para la publicación del libro… asperje al engendro con agua bendita y retrocede de espaldas mostrándole la empuñadura de tu facón (también sirven los dedos índices cruzados).

Aunque si la editorial es sincera y te aclara desde un principio que la edición del libro se solventará con la contribución de los escritores… la decisión de pagar por verte publicado corre a cargo de tu ego. Personalmente, en un par de ocasiones recibí la invitación para intervenir en una edición, pagando mi parte de la misma. Nunca me tomé siquiera la molestia de contestar. Por principios, escribo gratis aunque me encantaría cobrar por lo que hago. Pagar, jamás.

… Y basta por hoy. Para el próximo número me pongo serio: tengo enganchado en la trampera nada menos que a Alejandro Alonso, de quién me atrevo a asegurar que va a dar que hablar en el mundo de la ciencia ficción nacional e internacional (ya lo está haciendo, con un par de menciones logradas en el difícil ámbito de los concursos españoles). Además, es un tipo bastante jodido, tanto, que me ha exigido acceso a la nota antes de ser entregada para su publicación.

Exigencia a la que no le daré cinco de bola, por supuesto.

…Y ni estoy seguro de si voy a ponerme serio, que carajo.

¡Y no me hagás calentar más, Alejandro!

Crónicas desde la garrafa virtual

Joe Garrafex

¡Dale! Poné el iconosincrónico…
Tecleá: NOVIEMBRE (click, click…)
DE 2000 (click, click, click, click),
DIA 5, 19.00, CANAL 13…

¡Ahí está! ¡Shhh!

Es una repetición del programa
"Tiempo de Cosecha",
el día que Agudo fue a contestar sobre
"Historia del Comic Foráneo Contemporáneo".

¡Shhh! ¡Dejá escuchar!

Ese es Pancho Baños…

NUEVAS CRONICAS DESDE LA GARRAFA VIRTUAL

(Generation Next & Clasics)

…y el del jurado es nada menos que
Gemánico Caseros, el especialista en…
Sí, ¿te acordás? Un tipo macanudo…
Recuerdo sus visitas por el bar de San José
–eso que él llamaba Periplos de Investigación–
y sus preguntas incisivas:

"Esto… pará un poco,
¿quién es Batman, el de la capa roja
o el de las orejas chistosas?

¿Para qué sirve la linterna verde…?”

¡Shhh! La primera tanda de preguntas por el primer mojón de abono…

Cortitas de Marvel

Estas son algunas de las ediciones que se cocinan en Marvel…

- MAXIMUM SECURITY es un crossover general en el que varias razas alienígenas del universo, hartas de las interferencias de la humanidad, deciden convertir al sistema terrestre en una colonia penal para las peores amenazas, criminales y monstruos del universo. Como crossover incluye a todos los panteones mayores del universo Marvel, pero entre sus principales personajes se encuentran el Silver Surfer, el Profesor X y sus Skrulls mutantes y el USAgent. Entre los Avengers que participarán están Thor, Quasar, Photon, Tigra, Moondragon y Starfox.

- El crossover **AVENGERS/THUNDERBOLTS** llegará recién para septiembre. El villano será el Conde Nefaria, que fue revivido en el anual de Iron Man del año pasado como un vampiro iónico. Y puesto que Wonder Man y Atlas tienen poderes iónicos, esto será de devastadoras consecuencias para ellos. Nefaria volvió a los niveles de poder demostrados en el clásico Avengers #164-166, donde enfrentó solito a todo un equipo de Avengers. Y esta vez también lo respaldan un número de otros personajes. Madame Masque también estará involucrada y se revelará la verdad detrás de todos esos cuerpos de Madame Masque que han estado apareciendo en IRON MAN los últimos años.

- MARVEL BOY #2 (Grant Morrison/J.G. Jones). En este episodio, Marvel Boy le declara la guerra a la raza humana, empezando por la Gran Manzana y con la ONU en el blanco. Pero los gobiernos del mundo tienen una respuesta contundente: los Bannermen, sus gama-mejorados y adamánticos supersoldados.

- X-MEN 2000 (Chris Claremont /Scott Eaton/Scott Hanna). Alguien ha obtenido el control de los códigos de activación del Prime Sentinel de Bastion y el poder para liberar una legión de ciborgs dedicados a la destrucción de todos los mutantes. Y aún peor, aquellos implantados con la tecnología terrorífica son inocentes, sus cuerpos, sus voluntades, sus almas fueron puestas al servicio del odio. ¿Cómo podrán los X-men derrotar a estos asesinos involuntarios sin herirlos? ¿Quién está detrás de todo esto, cuán peligrosos deben ser para forzar una alianza con las afiladas carras de Deathstrike? Y por cierto que todo esto alterará el mundo de los X-men...

"Cuarta pregunta. Señor Agudo:
De acuerdo a la documentación disponible
en los comic books,
¿quién es más rápido...
Superman o Flash?"

"Eso es fácil, Pancho, ¿en qué medio? Agua, tierra, vacío..."

"Esteeemmm... es lo mismo... digamos tierra"

"Ajá... ¿antes o después de Crisis?

"¿Qué crisis?"

"¿Crisis en Tierras Infinitas?"

"Y... después de las crisis finitas."

"¿Cuál de los tres Flash?"

"¿Cómo cuál de los tres...?"

"Síp. Jay Garrick, Barry Allen, Wally West..."

"¿Y qué tiene que ver Woody Allen? ¿Ya hicieron la película?"

"Bueno, estaba la serie de TV..."

"¿La pasan en este canal?"

"¡PRRRRRR!
Lo lamento, Pancho, se perdió el mojón de abono.
Mejor conteste sobre otra cosa, no sé...
El Imperio incaico y los superhéroes precolombinos... "

Cortitas de la DC

Estos son algunos de los lanzamientos recientes de comics de la DC...

- STAR TREK: VOYAGER, AVALON RISING.
  Escrito por Janine Ellen Young y Doselle Young con arte de David A. Roack. La Capitana Janeway y su tripulación se ven envueltos en míticas aventuras de espadas y hechicería al encontrarse con un planeta en cuya extraña superficie todo parece un cuento de hadas vuelto realidad. El doctor deberá realizar una misión urgente, corriendo aventuras en torres encantadas y luchando con dragones mientras su tecnología es afectada por el clima del planeta hasta casi hacerlo desaparecer. En este Prestige, las secuencias aventureras aparecen en un estilo que recuerda al Príncipe Valiente de Hal Foster, incluyendo el relato de las peripecias del Voyager que hace el Doctor a su escudero visto a través de los ojos de este último.

- LEGEND OF THE HAWKMAN.
  Escrito por Ben Raab con arte de Michael Lark. Esta miniserie de 3 episodios explora los motivos que hicieron que Katar y su esposa Shayera decidieran permanecer en la Tierra luego de cumplir la misión que los trajera inicialmente de Thanagar. La discusión sobre si quedarse o regresar se ve interrumpida ante la noticia de un descubrimiento arqueológico relacionado con la antigua leyenda thanagariana de "El Caído", una amenaza que podría acabar con el heroico legado de la familia, un legado que se extiende a lo largo de dos mundos y por lo menos dos milenios.

- SUPERMAN: LAST SON OF EARTH #1.
  Escrito por Steve Gerber con arte de Doug Wheathley. En 1968 el astrofísico Jonathan Kent descubre que un meteorito destruirá la Tierra dentro de nueve meses. Incapaz de convencer a nadie del inminente peligro, decide salvar a su hijo lanzándolo en un primitivo cohete al espacio. Atravesando un agujero de gusano, la nave aterriza en Krypton, donde Jor-El lo recoge, cuida y cría formándolo según la estoica y prohibitiva cultura de ese planeta. También lo provee de un exoesqueleto robótico que lo ayuda a superar la mayor gravedad y crecer normalmente. Pero el joven Kal hará una serie de descubrimientos que alterarán para siempre el futuro de los dos mundos, uno que bien podría desaparecer en breve y otro que sorprendentemente continua intacto.

"Superado el malentendido

(el conductor soy yo, ¿capito?)
seguiremos con Tiempo de Cosecha
y ésta es la pregunta
por el millón de mojones.”

“Sí, Pancho.”

“¿Qué dice en el cuadro 5 de
la página 19, de la versión original de
Detective Comics #699?”

TIC-TIC-TIC-TIC

“Whoa…”

“Responda…”

“Dice: Whoa…”

“Ah… sip… dice Whoa… Whoa… ¡Guaaaaaaa!

¡Usted es muy frustrante!
¡Dénle todo el abono!”

(¿?)
“¡Mierda!”

Dragon Ball, Primera Serie (por AGUDO, que es el único adulto al que le interesa esta serie… ¿o no?)

Comienzan las aventuras

En una Tierra parecida a la nuestra pero un poco más fantástica, un día un anciano llamado Son Gohan halló en un cráter y junto a una nave extraña un raro bebé, bastante fuerte pero con cola. No lo llamó Clark sino Son Goku. Al principio Goku era bastante malcriado, malhumorado y poco dispuesto a aprender, pero en una caída accidental recibió un golpazo en el cráneo –método científico al que suscribo ardientemente– y desde entonces siempre fue un buen chico, de buen corazón y bastante ingenuo. Quiso mucho a su abuelito adoptivo y aprendió ávidamente todas sus lecciones, ya que éste era un maestro luchador, discípulo del llamado dios de las artes marciales, el maestro Roshi. Sin embargo, tiempo después el abuelito muere luchando contra un mono gigante y sólo deja a Goku una bola naranja con cuatro estrellas como amuleto y un báculo sagrado que puede crecer a una orden –siempre le envidié eso–.

La historia realmente comienza cuando una jovencita llamada Bulma se cruza con Goku y descubre su poder e ingenuidad. Bulma se entera del amuleto de Goku y le cuenta la antigua leyenda de las Bolas del Dragón –no, no son realmente eso–.

“Hace mucho tiempo había un dios dragón llamado Shenlon que cumplía un deseo a cada persona que se lo pedía. Cualquier deseo. Pero todos pedían deseos egoístas y dañinos, así que el dios dragón se dividió en siete Dragon Balls que se dispersaron por el mundo. Según la leyenda, sólo aquel que reúna las siete esferas y convoque al dragón podrá ver su deseo cumplido”.

En eso estaba Bulma, buscando las esferas con la ayuda de un radar que ella misma construyó, cuando éste la guió hasta Goku.

Bulma es la hija del multimillonario científico dueño de Cápsula Corp., el inventor del proceso por el cual cualquier cosa se puede guardar en una pequeña cápsula. Y; como tal, ella estaba bien entrenada en ciencia y tecnología. Pero –mujer al fin e innegablemente– su verdadero anhelo era tener novio, cosa que hasta el momento no había conseguido a pesar de ser hermosa. En gran parte debido a su carácter podrido, no hay misterio. De modo que le pidió prestada su esfera a Goku para pedir su deseo una vez que encontrara las demás, y éste decidió acompañarla en su búsqueda.

Así, ambos corren muchas peligrosas aventuras, de las cuales casi siempre la fuerza de Goku los salva, y conocen a muchos amigos, como Yamcha, un joven luchador, Puar y Woolong, dos especialistas en técnicas de mutación, y el maestro Roshi y su tortuga.

Kame Hame Ha! y… Pilaf?

En una de esas conocieron a Oxatán y su hija Milk, que se encontraban en problemas. Dado que Oxatán también era discípulo del maestro Roshi, éste les dió una mano, y de paso permitió a Goku ver por primera vez la técnica del Kame Hame Ha.

Por otro lado, la pequeña Milk decidió unilateralmente que Goku era el partido ideal y por tanto se arregló el matrimonio para cuando tuvieran edad. Goku aceptó, aunque la verdad es que no tenía ni la menor idea de qué le hablaban.

Pero también tropiezan con algunos enemigos, y entre ellos el peor (aunque no por impresionante) es el gran Pilaf, un pequeñajo algo ridículo empeñado en ser el amo del mundo. El problema es que este personaje posee un formidable armamento, además de un par de secuaces algo menos tontos de lo que parecen. Y puesto que Pilaf estaba enterado de la leyenda y también buscaba las esferas, era inevitable que se encontraran. Así, Goku y compañía caen en una trampa y Pilaf les roba las esferas y llama al dragón. Pero en ese momento, cuando sale la luna llena, Goku les cuenta que su abuelito le tenía prohibido verla aunque él no sabía por qué. Aquí se revela su capacidad de convertirse en mono gigante cada vez que la ve, y aunque en esas circunstancias no tiene control ni conciencia y se limita a destruir todo a su paso, sus amigos descubren que cortándole la cola vuelve a la normalidad. Entretanto Pilaf es derrotado y su palacio destruido, y en un descuido Woolong –*sexópata consuetudinario, al igual que otros personajes de esta serie*–, pide su deseo… una bombachita (!?).

Roshi y el Torneo de las Artes Marciales

Aunque Bulma obtiene igualmente su deseo –*¡pobre Yamcha!*–, Goku deberá esperar un año ya que después de conceder un deseo las esferas se vuelven a dispersar por el mundo y se convierten en piedras inofensivas durante ese tiempo. Entonces decide aceptar el ofrecimiento que le hiciera el maestro Roshi y ser su discípulo. Al llegar a la isla donde vive el maestro conoce a otro niño, Krilin, y como el maestro sólo quiere un discípulo les propone que aquél que cumpla un trabajito –*conseguirle una minita*– será el elegido. Krilin le trae a Lunch, una chica muy linda y hacendosa y también bastante ingenua, pero con una pequeña particularidad: cada vez que estornuda se convierte en una rubia violenta, armada hasta los dientes y con gran afición a los billetes.

Finalmente, Roshi decide entrenarlos a ambos, y un tiempo y

muchos sufrimientos más tarde, decide probarlos en el renombrado Torneo de Artes Marciales. Allí se encuentran también con Yamcha y todos participan y clasifican fácilmente. En las eliminatorias un tal Jackie Chun los derrota a todos y se enfrenta a Goku en la final.



Jackie, que no es otro que Roshi disfrazado, prueba las habilidades de Goku al máximo, pero también quería evitar que éste triunfara para que no se envaneciera prematuramente. Pero sale la Luna y Goku se transforma, ante lo cual a Roshi no le queda otro remedio que destruirla con un gran Kame Hame Ha. Con esto Goku es derrotado.

La orgullosa Patrulla Roja aplastada por un niño

Pero este niño incansable decide viajar por el mundo entrenándose para volver a competir en el próximo torneo y ganar; y además tiene que recuperar su amuleto. En ese ínterin se encuentra con otro formidable enemigo y competidor en la búsqueda de las esferas: la Patrulla Roja. Este ejército es comandado por muy bien entrenados y astutos comandantes con nombres de colores (White, Violet, Silver, Red), cada uno más terrible que el otro. Dan varios dolores de cabeza a Goku, pero los va derrotando uno a uno. Cansado, el comandante Red decide contratar a un asesino profesional para despachar a ese enano coludo tan molesto. Entonces entra en escena Tao Pai Pai, terrible luchador y asesino a sueldo. Al principio éste derrota a Goku y casi lo mata, y hasta mata a Bora, un indio amigo suyo. Entonces Goku, para aumentar su poder decide subir a la torre Karin…

“Esta es parte de la leyenda, que dice que un dios habita en su cima, quien otorga a aquél que logre escalarla *–y es kilométricamente alta–* y beber del agua sagrada, un gran poder. Bora lo había intentado en su juventud y había fallado, pero se había convertido en su

guardián, que es donde lo conoció Goku. Dos días más tarde, Goku seguía ascendiendo por la torre. Arriba aparece un gato, que resulta ser nada menos que uno de los maestros del maestro Roshi, llamado Karín. Este extraño maestro entrena a Goku en tan sólo tres días *–a Roshi le había tomado tres años aprender la lección–*, tras lo cual éste puede derrotar fácilmente a Tao Pai Pai.

Harto, decide efectuar un ataque frontal, él sólo, contra toda la Red Ribbon en su cuartel general para recuperar las esferas. En este épico combate, Goku hace tal desastre y reparte tantas tortas que todo el ejército termina desintegrado y huye aterrado.

Pero aún le faltaba una esfera y el radar no mostraba su posición, así que acude a Uranai Baba, hermana de Roshi y vidente renombrada, para que le diga dónde está. El precio de Uranai –para todos los que no tenían el efectivo necesario–, era derrotar a sus cinco campeones. Junto con sus amigos, Goku enfrenta a los cuatro primeros (Drácula, el Hombre Invisible, la Momia y el Diablo), pero el quinto es mucho más difícil de vencer. Éste resulta conocer el punto débil de Goku, su cola; sabe que cuando se la sujetan fuertemente se debilita. Pero cuando la cola se corta, se da por vencido y se descubre que era el abuelito, venido del otro mundo por un día gracias a las artes de Uranai Baba, para verificar el progreso de su querido nieto. Cumplidos los requisitos, Baba usa la bola de cristal y los entera de que la esfera faltante estaba bien escondida y en poder de Pilaf. Un breve y violento interludio más tarde, Goku reúne las esferas y pide a Shenlon que reviva a Bora, y cuando éste cumple el deseo y las bolas están a punto de dispersarse a toda velocidad, de un veloz salto atrapa la de cuatro estrellas, su amuleto.

Ten Shin Han, el primer enemigo rehabilitado

Pasa el tiempo y Goku sigue viajando y entrenándose, y de paso corriendo algunas aventuras. Así conoce a Ten Shin Han y a Chaoz, dos alumnos del maestro Tsuru, eterno rival de Roshi y hermano de Tao Pai Pai, que quieren ser asesinos profesionales también.

Y llega el momento de un nuevo Torneo de Artes Marciales. En éste se enfrentan especialmente los alumnos de Roshi y los de Tsuru y en la final quedan Goku y Ten Shin Han (Jackie se rinde ante Ten viendo que todavía es recuperable y no del todo malo). Después de una pelea épica con grandes técnicas, Goku pierde por un pelo y sin embargo Ten Shin Han aprende lo que es ser un verdadero luchador y abandona a Tsuru para seguir entrenando solo para la próxima vez *–estos luchadores siempre piensan en la próxima–*.



Pícoro, destructor de la humanidad

Repentinamente, en medio de la celebración, Krilin es asesinado por un desconocido villano algo reptilesco. Así aparece un nuevo enemigo de la humanidad mucho peor que los anteriores: Pícoro Daimakú. Según cuenta Roshi, Picoro apareció hace tiempo y trató de dominar y destruir el mundo, pero el maestro Mutaito, con quien entrenaban Roshi y Tsuru, desarrolló la técnica Ma Fu Ba para encerrarlo en un recipiente, única forma de vencerlo. Pero Goku no oye razones y lo enfrenta sólo para ser derrotado. Pícoro, enterado de la existencia de Shenlon, reune las bolas y pide ser joven, luego de lo cual mata al dragón. Roshi trata con el Ma Fu Ba pero falla y muere, y Chaoz también es eliminado. Entonces Goku decide usar la cabeza *–¡por fin!–* y sube a la Torre Sagrada donde el maestro Karín le habla de la verdadera agua ultrasagrada que libera el poder interior del consumidor.

Goku pasa las pruebas y sobrevive al agua, busca a Picoro y aunque es apaleado y Ten Shin Han usa el Ma Fu Ba sin éxito, a último momento lo mata usando el poder del mono gigante que lleva dentro. O eso es lo que cree, pero después de desmayarse no ve que Pícoro escupe un huevo *–así se reproduce su raza–*, un hijo a quien encarga la venganza.

Para revivir a Shenlon, Karín envía a Goku al Templo Divino, que se encuentra flotando muy por encima de la Torre Sagrada. Allí conocerá a Kami Sama, el dios protector de la Tierra, que resulta ser la mitad buena de Pícoro. Kami Sama le advierte de la existencia de Pícoro Jr. y lo entrena durante tres años con la ayuda de Mr. Popo, su sirviente. Pero antes, reconstruye a su creación, Shenlon, y éste revive a Roshi, Krilin y Chaoz y a todos los que fueron asesinados por Pícoro y sus secuaces.

Una vez más, un nuevo Torneo se prepara. En él participan todos los ya conocidos (excepto Jackie que se reconoce superado por la nueva generación, los llamados luchadores Z) además de un curioso personaje de apariencia algo tonta que resulta ser Kami Sama disfrazado. Y es que Pícoro Jr., bajo el nombre de Majunia, participa en el Torneo para medir a sus oponentes. Al final, uno a uno todos son derrotados dejando todo en manos de Goku, otra vez. Y esta pelea ya es de proporciones catastróficas dejando boquiabiertos a todos los asistentes. Como resultado, Pícoro es derrotado y casi muerto, pero Goku, para sorpresa de sus amigos, le permite curarse e irse. ¡Y es que a Goku le encanta pelear con adversarios fuertes y difíciles!

Ah, y hubo otra cosa positiva como resultado del Torneo: Milk se presentó a pasarle la cuenta a Goku y hacerlo cumplir su promesa, y aunque tuvo que decirle quién era porque no la reconoció y explicarle lo que era el matrimonio *–muy por encima, los detalles vinieron luego–*, Goku se mantuvo fiel a su palabra para alegría de todos y envidia de algunos.



Antes que me maten los puristas, aclaro que usé los nombres y traducción de la serie que dan por Magic Kids. Ya sé que los originales son distintos, pero opté por no complicarme la existencia tratando de descubrir cuáles de todos los que andan rodando por ahí eran los correctos. Demándenme.

Un punto a destacar (según noto con interés meramente científico, por supuesto) es el acento que se pone en el sexo. Esto, lejos de ser inusual, parece endémico de las series niponas. Sailor Moon, con sus colegialas sexys e inocentes en largas escenas de desnudos, los jóvenes agraciados de Los Caballeros del Zodíaco –demasiado agraciados y muuuuuy amigos–, la liberalidad de Ranma, tan acostumbrado al cuerpo femenino y masculino por igual que ni lo nota –Dios le da pan al que no tiene dientes–. Todo indica que el japonés promedio, a quien muchos creen tímido y simple, piensa mucho en el tema; no es que esto lo distinga particularmente del resto del mundo, lo cual hace su material perfectamente exportable.

En Dragon Ball hay de todo. Roshi, centenario maestro dueño de muchos secretos marciales, es el paradigma del viejo verde. Siempre tratando de ver y tocar el cuerpo de cualquier mujer hermosa que pase cerca –suerte para ellas que vive en una pequeña isla–. Sus pasatiempos favoritos son repasar su colección de revistas porno y ver los programas de gimnasia femenina en la TV. Si hasta una vez usó un aparato de miniaturización únicamente para poder esconderse y ver a Lunch cuando se bañaba.

Yamcha, por el contrario, al principio era todo lo contrario. Ver a una mujer lo hacía correr del miedo, y ver a Bulma desnuda por accidente directamente lo desmayó. Por suerte creció y se reformó –yo ya lo daba por perdido–.

Woolong, el pervertido del grupo, sabe cómo aprovechar su conocimiento de las técnicas de transformación. Cumple la fantasía de muchos, de hecho. Y aunque esto provocó que lo expulsaran de la escuela donde estudiaba estas técnicas antes de aprender cómo hacer que duren más de un minuto, con eso le alcanzaba.

Goku, en cambio, siempre fue un inocente; incluso años más tarde y con dos hijos en la bolsa. De chico solía bajarse los pantalones con mucha facilidad y nunca entendía de qué diablos hablaban Krilin y los demás cuando hacían comentarios pícaros. De la serie se infiere que una de las características de un genuino luchador, punto sobre el que volveremos más adelante, es la de obtener el mayor placer de la lucha e ignorar cualquier otro placer –pobre infeliz–. Goku, por pertenecer a una raza innatamente guerrera, tiene esta característica –excepto en relación al placer de la gula, hay que admitirlo–, al igual que Vegeta, quien aparecerá más adelante, aunque éste más parece despreciar los placeres mundanos por simple orgullo –otro gil–.

En varias ocasiones los autores nos han regalado algunas lindas escenas de Bulma u otras chicas ligeritas de ropas, si bien no mucho pasó la barrera de la censura. Es un programa sin restricciones después de todo, ¿no?

Una característica muy interesante de la serie son las técnicas y poderes que se emplean. Todo se basa en el control y manejo del "ki", o chi, como lo llaman por ahi (se nota que no soy ducho en estas cosas metafísicas), que es algo así como una energía inherente de la vida o de los cuerpos vivos. Mediante técnicas de control aprendidas con la meditación, la práctica y el entrenamiento, el luchador puede volar, disparar rayos, crear esferas de energía, y otras cosas igualmente útiles a la hora de luchar.

La técnica más conocida, por supuesto, es el Kame-Hame-Ha, un rayo poderoso que incluso puede ser dirigido. El Ki-ku-jo de Ten-Shin-Han es una técnica que permite desaparecer un área delimitada por lo que se ve a través de un rombo formado por los dedos dispuestos en cierta posición (dicha desaparición se da merced a un fuerte campo desintegrador). La Genki-Dama es una técnica poderosísima que permite colectar de los seres vivos una pequeña porción de su energía vital y reunir todo ese poder en una sola gran esfera. Y así, como estas, hay otras técnicas de ataque ingeniadas, aprendidas o mejoradas, como la técnica de la cuchilla de energía de Krilin y Freezer o la del tirabuzón perforador de Pícoro. Pero también existe el incremento de nivel, estados de control y manejo de energía interna potencial que avanzan a grandes saltos cada vez que el luchador entrena y se perfecciona usando métodos y contrincantes cada vez más fuertes.

Otras técnicas distintivas son la Teleportación de Goku, la Fusión entre dos seres, el Kaio Ken (que permite incrementar el poder), y algunas otras distintivas. La técnica de transformación a Super Saiayin de Goku, Vegeta y descendencia son un asunto aparte que requiere una explicación más detallada y quedará para más adelante, sorry.

Pero, cuál es el punto central de la historia, cuál es la moraleja, uno se ve obligado a preguntarse. ¿Es esta una serie para chicos sin ningún contenido de base? No lo creo. Mi impresión es que se enfatiza demasiado el sentido del honor, el valor, la lucha desinteresada, el valor del esfuerzo, como para dejarlo pasar alegremente. Toda la esforzada búsqueda de las esferas del dragón, el continuo enfrentamiento contra enemigos que amenazan el planeta, casi siempre recuperados para el bien, el entrenamiento incesante y el placer de una buena y honesta lucha enseñan con un divertido y fantástico ejemplo (puede parecer ridículo en estas épocas fijarse en tales ejemplos, pero creo que siempre se puede confiar en un buen anime para mantener la costumbre).

El mensaje último de la serie, en definitiva, es Goku y lo que él y sus amigos representan. En general, él corporiza la esencia del verdadero luchador: el honor, el coraje, la indomabilidad, la admiración por la capacidad de los pares, sean buenos o malos, la persecución incansable de la perfección, y a la vez la falta de egoismo, el orgullo medido. Una verdadera síntesis de la filosofía oriental sobre lo que debería ser el guerrero definitivo. Y un dibujo animado ‘para chicos’, como dicen algunos, ¿ustedes que opinan?

Apagá el iconosincrónico…
Ahora van a decir que
Agudo se perdió en algún lugar del
Gran Buenos Aires y donó
a una institución de niños todo ese
abono fecal.
Programas con premio y
mishiadura nunca se llevaron
bien… Pasame el mate, Pancho.

El fandom en España

Luis G. Prado

El colectivo español de los aficionados a la fantasía y a la ciencia-ficción es, por fortuna, un mundo multifacetado donde pueden encontrarse todo tipo de gustos y personalidades. En tanto que tal, es inabarcable en un solo artículo, y cualquier intento al respecto estará inevitablemente viciado por los intereses y filiaciones concretas del autor.

Por lo tanto, haré de la necesidad virtud y hablaré brevemente de dos facetas del fandom en las que tengo el gusto de estar personalmente implicado: la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción, a cuya Junta Directiva pertenezco; y Artifex Segunda Época, la antología semestral de literatura fantástica de la que soy coeditor junto con Julián Díez.

La Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción

En lo que respecta a la AEFCF (lo lamento, pero no hemos dado con unas siglas pronunciables), se trata de una asociación que, pese a su amplio nombre, siempre ha tendido más hacia la ciencia-ficción que hacia la fantasía, y hacia los medios escritos antes que audiovisuales. Fundada en 1991, en sus casi diez años de vida se han sucedido en ella cinco equipos directivos de forma generalmente ordenada, aun con algunas discontinuidades (en 1993 y 1996) que, por suerte, quedan muy atrás en el tiempo.

El trabajo de cada Junta Directiva ha cristalizado en unas actividades que hoy forman parte del acervo colectivo del fandom español: la publicación de Pórtico, boletín que ha alcanzado los treinta y seis números; la convocatoria de las HispaCones, de las que luego hablaré; la concesión de los Premios Ignotus a las obras españolas y extranjeras más destacadas de cada año; o la edición de una antología de relatos inéditos, Visiones, que lleva ocho ediciones anuales.

La Junta Directiva de la que formo parte, presidida por Héctor Ramos, asumió su cargo en 1998, y desde entonces puedo decir con orgullo que la AEFCF se ha ampliado cuantitativa y cualitativamente. En cantidad, porque el número de socios de pago,

siempre exiguo, se ha más que duplicado, hasta alcanzar los casi doscientos (y en un fandom como el español, del que siempre se ha dicho que lo mueven no más de trescientas personas, no es logro pequeño). Y en calidad, porque a las actividades reseñadas antes hay que añadir hoy muchas otras que se han emprendido desde entonces: la puesta en marcha de varias bases de datos para gestionar más cómodamente la AEFCF, algo inevitable si se aspira a convertirla en multitudinaria; la creación de una segunda antología anual, Fabricantes de Sueños, que reúne los mejores relatos aparecidos durante el año precedente en revistas y fanzines; la creación de un dominio propio en Internet (http://www.aefcf.es), así como de cuentas de correo gratuitas para los socios; la edición de Espora, una newsletter en inglés sobre cf española; la puesta en marcha de la Biblioteca Electrónica, un ambicioso proyecto de recuperación de clásicos españoles de la cf en diskette… En fin, todo un abanico de nuevos proyectos que se suman a los anteriores y que, unidos al congelamiento de la cuota anual (4.000 ptas., unos $ 21), sin duda han contribuido al crecimiento del que hablaba antes.

El próximo mes de julio, durante la HispaCon 2000, según previsión estatutaria la actual Junta cesará en su cargo. Posiblemente el mejor trabajo que hemos hecho en estos años haya sido el haber sabido encontrar a un equipo serio y dedicado de hombres y mujeres que no sólo nos sustituirán con eficacia, sino que con toda seguridad serán capaces de llevar a la AEFCF un paso más allá, hacia el reconocimiento y la proyección pública que el fandom español merece desde hace tanto tiempo.

Hablaba antes de las HispaCones, y ahora es un buen momento para aclarar en qué consisten. Desde 1991, coincidiendo con el nacimiento de la AEFCF, se han celebrado en España nueve convenciones nacionales de fantasía y ciencia-ficción, cada año en una sede distinta. Estas convenciones están auspiciadas por la AEFCF, pero se organizan a nivel local. La décima convención consecutiva se celebrará del 13 al 16 de julio de 2000 en Gijón, Asturias (http://www.drimar.com/asturcon), y contará con un importante elenco de invitados internacionales, además de aprovechar la estructura organizativa de la Semana Negra gijonesa, dedicada al género policíaco, para lo que será sin duda una de las convenciones más concurridas y una ocasión inmejorable para acercar la AEFCF al público en general.

Artifex Segunda Época

Paso de lo general a lo particular para referirme a mi proyecto personal dentro del fandom. Artifex, llamado al principio El Fantasma, nació en 1993 como un fanzine ecléctico y de escasos medios que llevé adelante hasta 1999 con tozudez y algún provecho, publicando veintiún números. Si al principio aparecían en él desde comics hasta reseñas de libros, pasando por relatos ilustrados, paulatinamente éstos últimos fueron interesándome cada vez más. Finalmente, el pasado año cerré la primera época de Artifex y abrí Artifex Segunda Época, una publicación muy diferente que sin embargo continúa el espíritu de la anterior en cuanto a búsqueda de la calidad literaria.

El actual Artifex S.E. publica sólo narrativa y tiene forma de libro, con una maquetación discreta y nada recargada, huyendo del tópico del cohete y el extraterrestre en la portada. En las labores de edición ha entrado Julián Díez, activísimo miembro del fandom que dirige, por su lado, la revista Gigamesh. Entre los dos seleccionamos los relatos (pero también novelas cortas, y hasta poemas) que aparecen en cada volumen, habitualmente en número de diez. Queda así un libro de pequeño formato, manejable y muy legible, con el que esperamos marcar nuevos estándares en la literatura fantástica que se produce en el fandom. Al ser semestral, hasta ahora han aparecido tres volúmenes, que suman más de seiscientas cincuenta páginas y veinticuatro autores diferentes publicados.

Entre éstos se encuentran escritores reconocidos de la cf española, como Rafael Marín, Elia Barceló o Rodolfo Martínez; autores "de la casa" como Daniel Mares, Eduardo Vaquerizo o Ramón Muñoz; e invitados extranjeros como Alejandro Alonso o Fabricio González Neira. Además, procuramos que en cada volumen haya al menos un relato de autor novel, buscando no sólo animar a los futuros escritores a perseverar en su arte, sino también ofrecerles el contraste de una labor de edición seria.

Antes me he referido al aspecto puramente material de la edición, pero no acaba ahí nuestro trabajo. A pesar del amateurismo de nuestra publicación, que nos impide pagar los textos y limita nuestros ingresos al mínimo para el mantenimiento de Artifex, no creemos que se haga ningún favor a los autores ni a la cf española en general permitiendo la publicación de cuentos prometedores pero fallidos.

Por eso repasamos los relatos antes de publicarlos y proponemos cambios, si nos parecen necesarios, a sus autores. Me alegra decir que la mayoría acepta que asumamos este papel y nos agradece el esfuerzo, y que el resultado no puede ser mejor: los primeros volúmenes de Artifex han recibido excelentes críticas y la antología

se está consolidando como una publicación imprescindible del fandom español.

Pero como no sólo de relatos y papel vive el fan, Artifex se está proyectando también en Internet. Tanto a través de la pagina de la editorial (http://pagina.de/artifex) como mediante nuestro actual proyecto de página de reseñas (http://www.bibliopolis.org), los editores, escritores y simpatizantes de Artifex queremos ir más allá del papel y convertirnos también en una referencia de la crítica y el análisis del género. Con tiempo y suerte, yo apuesto a que lo conseguiremos.

Concursos, premios y convocatorias

Axxón

Información sobre concursos en los que se puede participar, premios y otras convocatorias

Premio UPC 2000 de Ciencia Ficción Novela corta

1. Pueden optar al premio las narraciones inéditas que se puedan encuadrar dentro del género de la ciencia ficción.

2. Las obras presentadas, escritas en catalán, castellano, inglés o francés, deben ser enviadas por duplicado, mecanografiadas a doble espacio, y deben tener una extensión aproximada entre 70 y 115 hojas de 30 líneas de 70 caracteres. No se devolverán los originales recibidos.

3. El autor/a debe firmar su narración con un lema o seudónimo y adjuntar un sobre cerrado que contenga los siguientes datos: Nombre completo, número de identificación personal (DNI o similar), dirección y teléfono o fax de contacto. En la parte exterior de este sobre se hará constar el título de la narración y el lema o seudónimo de la firma. Los miembros de la UPC señalarán también esta condición con la indicación: «Miembro UPC» en el exterior de dicho sobre.

4. Los originales deben dirigirse a: Consell Social de la UPC. Edifici NEXUS. Gran Capità 2-4. 08034- Barcelona. Tel. 93 401 63 43 - Fax: 93 401 77 66 - consell.social@upc.es En el sobre se debe indicar claramente: Premio UPC de Ciencia Ficción 2000.

5. El plazo de presentación de los originales de la edición de 2000 acaba el 15 de septiembre de 2000. La decisión del jurado, que será inapelable, se hará pública antes de finalizar el año 2000.

6. De acuerdo con la opinión del jurado, se concederá un premio de 1.000.000 Ptas. y, si el jurado lo cree oportuno, una mención especial de 250.000 Ptas. Opcionalmente, se podrá conceder también una mención de 250.000 Ptas. a la mejor narración presentada por un miembro de la UPC.

7. El premio, que se concederá anualmente, podrá ser declarado desierto.

8. Los ganadores de los premios y menciones ceden los derechos de la primera edición en castellano y en catalán a la UPC y renuncian a cualquier otra remuneración económica procedente de dichas ediciones.

9. La novela ganadora será publicada por la UPC a través de Ediciones B, en su colección “NOVA ciencia ficción”.

10. El jurado de la edición de 2000 está formado por Lluís Anglada, Miquel Barceló, Josep Casanovas, Jordi José y Manuel Moreno.

11. La participación en el Premio UPC de Ciencia Ficción 2000, supone la aceptación de estas bases.

IX premio de literatura fantástica Pablo Rido.

1. Podrán optar al premio las narraciones inéditas que sean encuadrables dentro del género de la literatura fantástica (ciencia ficción, fantasía, terror).

2. las obras presentadas, escritas en castellano, se remitirán por quintuplicado, mecanografiadas a doble espacio, con una extensión máxima de 30 folios de 30 lineas de 70 caracteres.

3. Los originales se enviarán bajo seudónimo, adjuntando un sobre cerrado con el nombre completo, DNI y dirección completa. El jurado procederá a la apertura de los sobres con posterioridad al fallo del premio.

4. El plazo de presentación de originales finaliza el 1 de Diciembre de 2000, siendo fecha tope de recepción de originales el 15 de Diciembre. La decisión del jurado será inapelable, se hará publica en Mayo del 2001.

5. Los Originales se enviarán a:

Francisco Canales Ramírez

(Premio Pablo Rido 1999)

Aptdo. Correos 283

28930 Mostoles

Madrid

6. Se establece un máximo de cinco finalistas, de entre los cuales el jurado seleccionará un primer premio que recibirá la cantidad de 101.000 pesetas junto con una estuatilla conmemorativa, obra de Silvia Rosende.

7. El premio no se puede declarar desierto.

8. La composición del jurado se dará a conocer en su momento.

9. La presentación a concurso supone la aceptación de estas bases.

Ganadores del II Concurso de Relatos “El Melocotón Mecánico”

Acta del resultado del II Concuros de Relatos EL MELOCOTÓN MEC +NICO

El jurado formado por Daniel Bosch Ibáñez; Eduardo Gallego Arjona; Juan Miguel Gonzálvez Craviotto; Manuel Alejandro Gonzálvez del +guila; Raúl David Gonzálvez del +guila; Antonio Manuel López Rubio y Ramón Requena Sánchez, acuerdan:

1º. Declarar como finalistas, los relatos:

“El día de San Juan”, escrito por Antonio Martín Infante (Huelva).

“El forito”, escrito por Juan Francisco Torres Chica (Jaén).

“El Hacedor de lluvia”, escrito por Ignacio Sanz Vallas (Madrid).

2º. Otorgar el II Premio EMM, dotado con 50.000 pesetas, exaequo a los relatos:

“Los conejos de la guerra”, escrito por Jose Antonio Cotrina Gómez (Vitoria, +lava).

“La piel y el tiempo”, escrito por Antonio Martín Infante (Huelva).

3º. El jurado también acuerda otorgar las siguientes Menciones Especiales, a los relatos:

“La partida”, escrito por Salvador Jiménez Gutiérrez (Málaga).

“Bebé a bordo”, escrito por Juan Antonio Fernández Fernández (Argentona, Barcelona).

“Wayc”, escrito por Víctor Miguel Gallardo Barragán (Granada).

“Muerte Reivaj”, escrito por Jesús Torres Martín (San Fernando, Cádiz).

“El color de la sangre, escrito por Jorge Gallego Alarcón (Madrid).

4º. Los ganadores del Concurso, así como otros relatos que el jurado considere de calidad contrastada serán publicados en el número 1 de la Colección de libros Albemuth, de próxima aparición, en una antología de este II Certamen de Relatos EMM; los relatos que aparezcan en el libro serán anunciados proximamente.

El jurado se congratula de la enorme aceptación de este II Concurso de Relatos EMM, en el que se recibieron un total de 140 narraciones

escritas por 85 autores, procedentes de España (118), Argentina (17), México (2), Brasil, Chile e Israel. Damos las gracias a todos los participantes de este certamen literiario y los invitamos a participar en sucesivas convocatorias.

Granada, 20 de junio de 2000.

Premios Hugo 1999

La 46 entrega de los Premios Hugo de ciencia ficción, los más importantes que se conceden anualmente en todo el mundo, tuvo lugar el sábado 4 de septiembre en el Congreso Mundial de Ciencia Ficción, WorldCon, en Melbourne, Australia. Los ganadores en las distintas categorías fueron:

Mejor novela: Por no mencionar al perro, de Connie Willis

Mejor novela corta: Oceanic, de Greg Egan.

Mejor relato: Taklamakan, de Bruce Sterling.

Mejor cuento corto: The very Pulse of the Machine, de Michael Swanwick.

Mejor libro de no ficción: The Dreams Our Stuff is Made Of: How Science

Fiction Conquered the World, de Thomas M. Disch.

Mejor película: El show de Truman (Paramount)

Mejor director de colección: Gardner Dozois

Mejor artista profesional: Bob Eggleton

Mejor revista semiprofesional: Locus

Mejor revista amateur: Ansible

Mejor escritor aficionado: Dave Langford

Mejor artista aficionado: Ian Gunn

III Premio Internacional de Cuento A Quien Corresponda

1. Podrán participar escritores radicados en cualquier parte del mundo que presenten un cuento escrito en Español, antes del 30 de octubre del 2000, a las oficinas de “A Quien Corresponda”, ubicadas en Río San Marcos y Río Tamesí 104, Fraccionamiento Zozaya, Ciudad Victoria, Tamaulipas, Código Postal 87070, México.

2. El tema será libre. El texto deberá ser inédito y no deberá encontrarse participando en cualquier otro tipo de eventos mientras este certamen no concluya.

3. Los trabajos deberán presentarse por triplicado, impresos o mecanografiados por una sola cara a doble espacio y justificados a la izquierda con márgenes de 2.54 centímetros. Por favor no les aplique tabulaciones o títulos para no dificultar el diseño posterior. La extensión deberá encontrarse entre las ocho y las quince páginas.

4. Todo trabajo participante deberá anexarse en disquette de preferencia en formato Word, Word Perfect, RTF, HTML o TXT. De no recibirse el disquette correspondiente nos veremos obligados a descalificar el trabajo.

5. Los textos deberán firmarse con seudónimo. Serán acompañados por un sobre cerrado que en su exterior llevará claramente escrito el nombre del texto y el seudónimo utilizado; adentro se colocará una tarjeta con los siguientes datos: título del cuento, nombre del autor, fotografía reciente del mismo, domicilio, nacionalidad, teléfono, E_Mail y cuantos datos conduzcan a una mejor localización del participante. Incluirá también una ficha bibliográfica breve.

6. Sólo se aceptará un trabajo por autor.

7. El jurado será integrado por tres escritores de reconocido prestigio y los nombres de sus integrantes serán dados a conocer al cierre de participaciones.

8. El jurado notificará su veredicto el 30 de noviembre del 2000.

9. Al autor del cuento considerado vencedor, se le otorgará un premio consistente en 2.000 pesos mexicanos, o su equivalente en dólares al momento de la premiación. El texto premiado y los que resultaran con menciones honoríficas y recomendaciones de publicación de acuerdo a la opinión del jurado, serán cedidos por los autores a la redacción de A Quien Corresponda para la realización de un ejemplar que recopile y publique tales trabajos en nuestro número correspondiente a Enero del 2001. Después los autores podrán hacer libre uso de sus textos.

10. El plazo improrrogable para la recepción de cuentos vence el 30 de octubre del 2000. Se aceptarán los trabajos que tengan matasellos o ficha de depósito en correos o mensajería anterior a la fecha del cierre.

11. Todos los que participen en este Tercer Premio Internacional de Cuento A Quien Corresponda, recibirán por correo el veredicto del jurado y un ejemplar del volumen resultante.

12. El participar en este concurso significa la plena aceptación de las bases aquí expuestas.

XLII Premio Casa de las Américas 2001

MENCIONES: Novela, cuento, teatro, ensayo de tema histórico-social y categoría especial para brasileños (cualquier género). PARTICIPANTES: Escritores latinoamericanos, naturales o naturalizados. En el caso del ensayo, podrán participar autores de cualquier país, con un libro de tema histórico-social sobre la América Latina o el Caribe. Los autores brasileños dispondrán de una categoría especial en la que podrán participar enviando obras de cualquier género en idioma portugués publicadas entre 1998 y 2000. CONDICIONES DEL MATERIAL: Libro inédito en idioma castellano; triplicado; extensión máxima de 500 páginas de 30 líneas cada una; mecanografiado; doble espacio; foliado; no podrá estar en proceso de impresión; sólo un libro por género; no premiado anteriormente; se considerará inédita una obra que haya sido impresa en menos de la mitad. IDENTIFICACIÓN: Ficha biobibliográfica del autor, especificando el género en el que desea participar. JURADO: Será anunciado oportunamente. FECHA TOPE: 30 de noviembre de 2000

PREMIACIÓN: US$ 3.000 por cada género y publicación de la obra por Casa de las Américas. VEREDICTO: Enero de 2001. DIRECCIÓN DE RECEPCIÓN: Casa de las Américas. 3ª y G, El Vedado, La Habana 10400, Cuba. También se podrá enviar a cualquier embajada de Cuba.

INFORMACIÓN: prensa@casa.cult.cu.

Ganadores de los Nebula

Los Premios Nebula 1999 fueron presentados el 20 de mayo en Nueva York.

Los ganadores son:

MEJOR NOVELA: Parable of the Talents, Octavia E. Butler (Seven Stories)

MEJOR NOVELA CORTA: Story of Your Life, Ted Chiang (Starlight 2)

MEJOR CUENTO LARGO: Mars Is No Place for Children, Mary A.

Turzillo (SF Age May 1999)

MEJOR CUENTO CORTO: The Cost of Doing Business, Leslie What (Amazing Stories Winter 1999)

MEJOR GUIÓN: The Sixth Sense, M. Night Shyamalan (Buena Vista, August 1999)

También se concedieron los siguientes premios en la misma velada:

GRAN MAESTRO: Brian Aldiss

AUTOR EMÉRITO: Daniel Keyes

SERVICIO A LA SFWA: George Zebrowski y Pamela Sargent

ANTOLOGÍA MEXICANA DE CUENTOS

A quienes deseen participar en una antología de cuentos de 2,000 palabras, como primer tomo de la Colección Umbrales que se publicará México.

La invitación está abierta a escritores de cualquier parte, en castellano, aunque por las características de esta antología, los temas de los cuentos tienen que tener referencias a México. Enriquecería mucho al libro contar con cuentos con perspectivas de escritores de otros países.

Posteriormente, habrá otras antologías abiertas en cuanto a su contenido y extensión.

Gracias por su atención y participación.

Fuente: Federico Schaffler

Para mayor información o para envíos de textos, fschaffl@globalpc.net

Concurso Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés

Pueden participar escritores de lengua española residentes en América Latina, con un cuento inédito de tema libre, de entre cinco y 15 cuartillas.

Convocan: el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y el Gobierno del Estado de Puebla a través de la Secretaría de Cultura y la Casa de la Cultura.

Premio: $20,000.

Periodo probable de recepción de trabajos: abril a agosto del 2000.

Mayor información: Casa de la Cultura de Puebla, Av. Cinco Oriente núm. 5,

C.P. 72000, Puebla, Pue.

Tel. (22) 32 10 67, fax 46 53 44

Concurso Permanente de Microchips Asimov

Pueden participar escritores de ciencia ficción, con un cuento no mayor de una cuartilla, firmado con el nombre real del escritor.

Convoca: la revista Asimov de Ciencia Ficción.

Premio: publicación del cuento en la revista Asimov.

Recepción de trabajos: por definir.

Mayor información: Revista Asimov, Mazatlán 113-1, Col. Condesa, C.P. 06140, Cuauhtémoc, México, D.F. Tel. 52 12 00 15

Premio Internacional de Cuento Fantástico “TERRAIGNOTA”

Con motivo del Décimo Aniversario del Taller Literario Terra Ignota, el Ayuntamiento de Nuevo Laredo, Tamaulipas, México, a través de su Dirección de Cultura; el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes; la revista Umbrales y el Taller Terra Ignota, convocan a participar en este concurso bajo las siguientes BASES:

1) Podrán participar todos los interesados con cuentos inéditos clasificables dentro de los géneros de la literatura fantástica: ciencia ficción, fantasía y horror/terror, o cualquier híbrido entre éstos y otros géneros.

2) Las obras presentadas al concurso deberán de estar escritas en español y se podrán enviar al Comité Organizador de dos maneras: a través del correo electrónico (email) o de manera impresa, en cuyo caso se remitirán por quintuplicado, mecanografiados a doble espacio, con una extensión mínima de 10 cuartillas y máxima de 20 cuartillas de 27 líneas de 70 caracteres, anexando al envío un diskete con el archivo respectivo. En caso de los archivos electrónicos enviados por email, deberán ser en formato compatible con PC, en tipo de 12 puntos, con interlineado doble y deberán enviarse dos archivos, uno con el nombre del cuento y seudónimo y el otro solo el seudónimo, donde se incluirán los datos del

participante.

3) Todos los originales se enviarán bajo seudónimo, adjuntando en sobre cerrado (o archivo) aparte el nombre completo y todos los datos del participante, incluyendo su dirección electrónica, en su caso. En el exterior de la plica deberá de aparecer sólo el nombre del cuento y el seudónimo. Todas las plicas se depositarán en una notaría pública hasta determinar a los ganadores y a quienes obtengan menciones. La presentación de originales finaliza el 31 de Diciembre del año 2000, y la fecha tope de recepción de originales el 15 de enero del año 2001. Los resultados se harán públicos en Marzo de 2001, cuando se notifique sobre la fecha de premiación.

4) Los originales se enviarán en atención de Federico Schaffler G. a cualquiera de las siguientes dos direcciones: Reynosa #1830, Suite 2, Col. Ferrocarril, C.P. 88050, Nuevo Laredo, Tamaulipas, México o bien: P.O. Box 599, Laredo, Texas, USA 78042. Los envíos por correo electrónico deberán hacerse a fschaffl@globalpc.net

5) El jurado calificador estará integrado por hasta 5 escritores que hayan obtenido al menos un premio o reconocimiento nacional o internacional de literatura general o en los géneros fantásticos, quienes designarán un máximo de quince finalistas, de entre todos los participantes, entre los cuales seleccionarán al cuento ganador del Gran Premio. A su criterio, podrán seleccionar y en caso de duda clasificar, hasta tres cuentos ganadores cada uno de un Premio de Honor para Cuento de Ciencia Ficción, Cuento de Fantasía y Cuento de Horror/Terror.

6) El Gran Premio no puede ser declarado desierto. No se devolverán originales. Las decisiones del jurado serán inapelables. La presentación a concurso supone la aceptación de estas bases. No se da acuse de recibo.

7) Los ganadores de los premios, menciones y finalistas ceden los derechos de la primera edición en español al Comité Organizador y renuncian a cualquier otra remuneración económica procedente de dichas publicaciones.

8) Los cuentos ganadores y finalistas se publicarán en un libro de la Colección Terra Ignota o de alguna otra Editorial u Organismo con quien se establezca un convenio de Coedición. Todos los autores publicados recibirán 5 ejemplares del libro. Por otro lado, los cuentos recomendados por el jurado podrán aparecer también publicados en la revista Umbrales: Literatura Fantástica de México, en su edición impresa o en su edición virtual y previa autorización del autor, en algunas otras revistas nacionales o internacionales con las cuales se establezca intercambio y que estén interesadas en

publicar los mejores cuentos de este concurso, sin recibir por ello los autores emolumento adicional, solo los ejemplares por derecho de autor que acostumbre cada revista.

9) Convocan inicialmente al concurso: el R. Ayuntamiento de Nuevo Laredo, Tamaulipas, a través de la Dirección de Cultura; El Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes; la revista Umbrales y el Taller Literario Terra Ignota, pudiendo incorporarse después más instituciones o patrocinadores, a criterio del comité organizador.

10) Se otorgará un Gran Premio de $3,500.00 pesos, moneda mexicana (o su equivalente en dólares) al mejor cuento participante. Los tres cuentos que a juicio del jurado merezcan los Premios de Honor de Ciencia Ficción, Fantasía y Horror/Terror (en su caso) recibirán cada uno un premio de $1,500.00 pesos, moneda mexicana (o su equivalente en dólares). En caso de que el jurado considere desierto alguno de estos tres premios de honor, el monto se integrará al Gran Premio. Los autores de los cuentos finalistas y de los cuentos ganadores recibirán cada uno una suscripción gratuita por un año a la revista Umbrales.

11) Los casos no previstos en la presente convocatoria serán resueltos por el Comité Organizador.

Nuevo Laredo, Tamaulipas, Julio 15, 2000



Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**